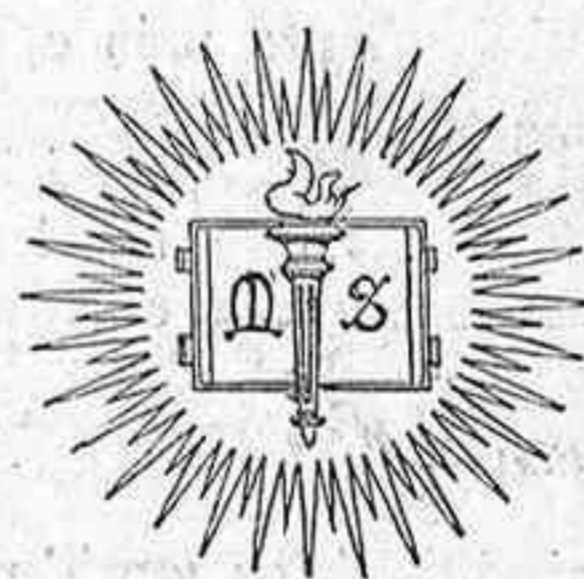


# La Ilustración



# Artística

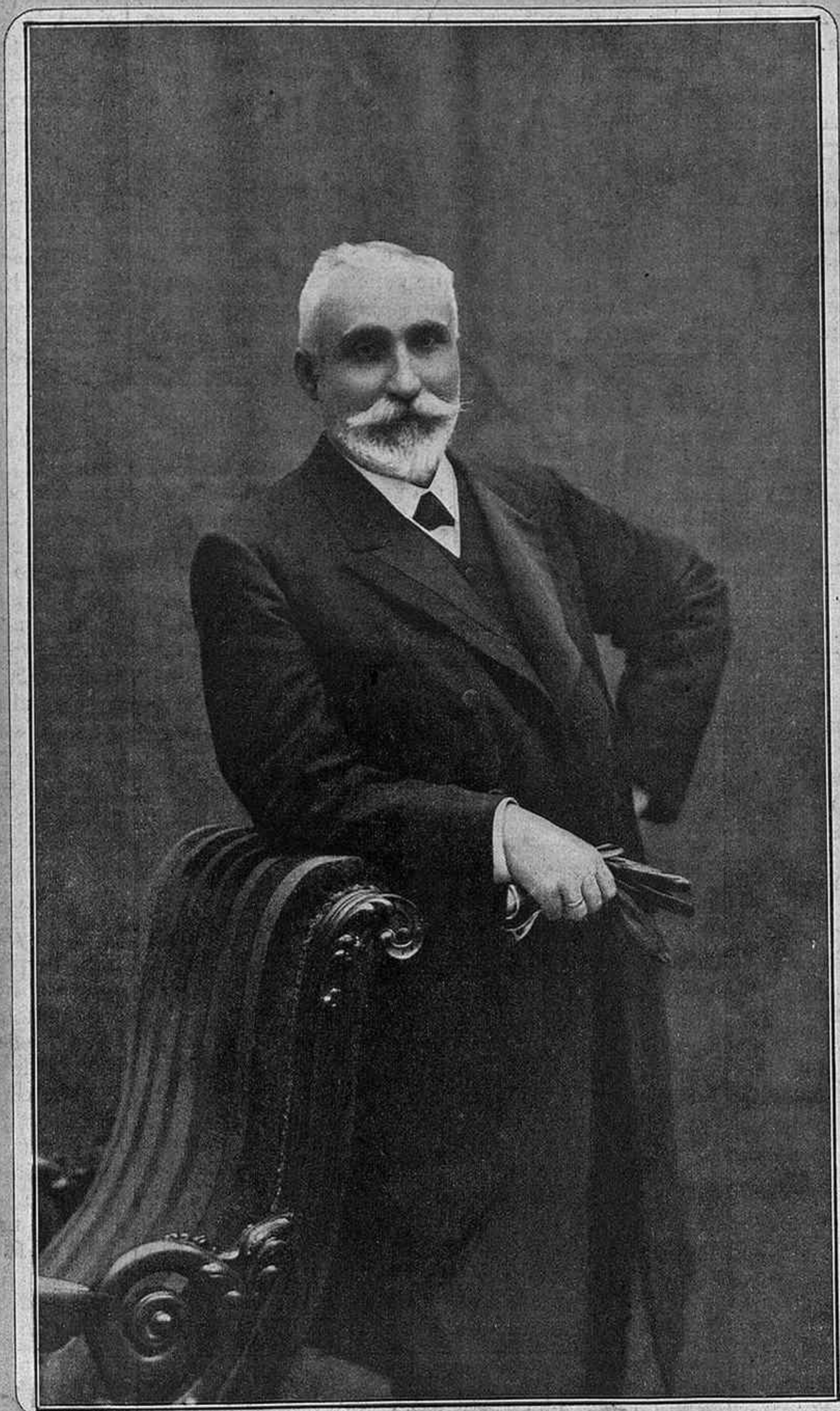


AÑO XXIII

← BARCELONA 2 DE MAYO DE 1904 →

NÚM. 1.166

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Ay E. F. DITS NAPOLEON  
BARCELONA

EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA, Presidente del Consejo de Ministros

(Último retrato, hecho en Barcelona por los fotógrafos Sres. A. y E. F., dits Napoleón.)

## SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Entre dos cimas*, por J. Menéndez Agusty. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII. — Crónica de la guerra ruso-japonesa. — Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — La novela de un viudo* (continuación). — *En las reservas indias*, por R. S.

Grabados.—*Excmo. Sr. D. Antonio Maura*, presidente del Consejo de ministros. — Dibujo de Azpiazu que ilustra el artículo *Entre dos cimas*. — *Salida del marqués Ito de Toqueto para dirigir las negociaciones diplomáticas cerca del gobierno de Corea*, croquis del dibujante Melton Prior. — *Llegada de tropas japonesas á la estación de Seúl. — Un regimiento japonés dirigiéndose á Ichón. — S. M. el rey D. Alfonso XIII en Tarragona*. S. M. dirigiéndose á la plaza de Olózaga. — S. M. pasando por el arco de triunfo levantado en dicha plaza. — Llegada de S. M. á la catedral. — Salida de S. M. de la catedral. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII en Palma de Mallorca*. Aspecto del puerto antes de la llegada de S. M. — Entrada de S. M. en Palma. — Edificio de la nueva Caja de Ahorros. — S. M. colocando la primera piedra de dicho edificio. — S. M. desembarcando en «Cas Catalá.» — S. M. revistando el campamento de Santa Catalina. — *¡Prisionero!*, cuadro de L. A. Tessier. — *El trago de despedida*, cuadro de H. Umbricht. — Dibujos de Blumenschein que ilustran el artículo *En las reservas indias*. — El yate real *Giralda* saliendo del puerto de Barcelona.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tengo que dar una óptima noticia á las dueñas quintañonas que conservan ilusiones tenaces: tengo que enterarlas de que la hermosura se vende, y que relativamente por poco dinero pueden salir al redondeo frescas y rozagantes como en sus treinta.

Algo parecido á lo que voy á contar ya se practicaba, con el brillante resultado que nadie ignora; sólo que en todo se progresa, todo lo transforma la ciencia, llamada á disipar las tinieblas, á revelar los arcanos, á dar solución á problemas tenidos equivocadamente por insolubles. La madre Celestina, de clásica memoria, de literaria tradición, conocía infinidad de mudas, cosméticos, aguas olorosas, tatarretes de destilaciones é infusiones, colirios, pomadas, aderezos para el rostro y para otras facciones del cuerpo; sabía de drogas y adobos la madre Celestina, encubridora, zurcidora y embaidora profesional; pero al cabo, aquello era ingenuo, la infancia de un sistema; ahora las cosas van por lo serio, por lo profundo y lo que ostenta el marchamo de la Facultad. Dulcamara ha ascendido y se adorna con el birrete y borla de auténtico doctor.

\* \*

Por correo se están recibiendo en los tocadores de Madrid los anuncios del «Instituto de Belleza.» Al frente figura una circular que nos informa de que este Instituto es sucursal ó apéndice del existente en París.

Trátase de un servicio montado y organizado para el cuidado y conservación de la susodicha belleza mediante abonos mensuales.

Sé promete á las parroquianas que encontrarán en el Instituto una dirección competentísima, un personal serio, competente también y discreto por añadidura, y que los procedimientos empleados son, qué caramba, altamente científicos. ¡Cómo no! Y se apremia á las damas para que se precipiten á cubrir el boletín de adhesión, porque sólo cincuenta pueden admitir, y la que se descuide, sin abono y sin belleza se queda; eso.

Por el módico dispendio de 75 pesetas mensuales se tiene á domicilio á los magos, que se encargan de dispensar los siguientes beneficios:

Cuidar y conservar la belleza, según el sistema del doctor... (Suprimo el nombre, porque esto no es reclamo, sino exclamo.)

Cuidar pies y manos, cortar uñas, extirpar excrecencias, bruñir, pulir, tijeretear...

Dar consulta sobre estética ó (*sic*) última moda en peinado, tocado, etc. (el *etc.* es muy sugestivo).

«¿Y puede saberse—preguntará una discreta lectora—en qué consiste ese cuidado y conservación de la belleza?» ¡Ah, lectora amiga... de saber! Algo, aunque no mucho, rastreamos los profanos de tal intrínquilis. En el fondo de ese misterio vemos delinearse la silueta archiclásica de la madre Celestina consabida; y guardadas las distancias que el curso del tiempo obliga á guardar, no parece sino que revive la buena bruja, con su variado surtido de unguentos, agüillas, cocimientos y afeites. Ahora se llaman «saquillos de belleza, de frescura, de blancura ó concentrados, según la piel de la persona;» «agua de juventud, para empleo diario;» «agua vegetal, para cortar el agua de lavarse;» «*manos de prelado*, producto especial para blanquear y suavizar las manos,» y amén de estas blandurillas y recetas, «baño facial, tres veces por semana;» «sesión de masaje, diaria,» y no sé si algo más de secretos maravillosos.

Lo del masaje como recurso estético, me hace pensar si deberíamos ser más indulgentes aún de lo que lo somos con los maridos que administran pescozones, coces y puñadas á sus mitades. De hoy más pueden escudarse, justificar sus proceder, con la protesta de que ellos se limitan á cuidar y conservar la belleza de sus consortes, mediante un procedimiento análogo, pero infinitamente más económico que el del doctor... Nada de nombres, nada de reclamos; que á estas horas (yo conozco, no á la mujer, sino á la humanidad) entre las que me leen, más de una arde en deseos de abonarse al estético Instituto.

\* \*

Y ya que he aludido á los maridos que presintieron el método del doctor X..., no quiero pasar en silencio que estos días, como sabrán cuantos leen periódicos, se ha visto la causa de «la esposa martirizada,» y el reo, el interesante González Maestre, salió sentenciado á veintidós años de presidio, amén de los que le cayeron de propina por el medallón de la duquesa de Bailén; y en un diario encuentro comentada así la sentencia: «Bien vengada queda la esposa mártir.»

¡Bien vengada! Pero ¿se trata de venganza? Los que no somos esa esposa infelicitísima; los que somos sencillamente la conciencia pública sublevada y en estado de exasperación, ¿quedamos satisfechos? Sí, á la fuerza, porque acaso la ley no nos da otra solución; la ley, el formulismo de lo legal. Nos satisfacemos, ¡qué remedio! Dentro, en nuestra alma, protestamos. La pena impuesta á ese hombre es manteca; y debiera, en razón, imponerse las más duras que se consignan en el Código. Si á alguien deben imponerse, es á él.

\* \*

No acierto á decir cuánto más benigno y simpático encuentro al ladrón que penetra en una casa, que mata de una vez; al asesino emboscado detrás de una esquina, en acecho; al criminal más caracterizado, que á ese siniestro atormentador, que ejerce de verdugo tantos años, á la sordina, en la sombra sagrada de los lares domésticos, al amparo de la sociedad que entrega la esposa al esposo suponiendo, dando por hecho, que la entrega á un protector, á un compañero, y que sancionado el matrimonio no se atreve á asomarse siquiera á la puerta del domicilio, dentro del cual, sobre seguro y en secreto, se consume diariamente el atentado infame. ¡Veintidós años de presidio! En todo ese espacio no cabe el dolor, no cabe el horrible suplicio impuesto en un solo día por el cónyuge-verdugo á la esposa mártir, y confieso que no me satisface la ley porque calza unos guantes tan gruesos, que no tiene tacto, no mide la pena, distribuyéndola de tal modo, que lejos de dar satisfacción á nuestra sed de justicia, la exalta y la convierte en frenesí.

\* \*

Un periodista, por un delito de imprenta, sufrirá presidio doce años. Un burgués pacífico, una persona decente, que ve cometer demasías á un agente de la autoridad y lo reprende en tonos más ó menos violentos, se expone á no sé cuántos años de presidio, por desacato. Y al marqués de Sade, casero, que antes de compartir el tálamo con su esposa la ataba á los travesaños de hierro y la cruzaba á vergajazos ó la aplicaba á las carnes la badila incandescente; el que—¡oh ultrajada naturaleza!—llamaba á inocente criatura y exigía que sobre la frente materna, en lugar del beso de amor, imprimiese el estigma de una herida que hace brotar la sangre; á ese hombre que se dedicaba á discurrir, como si estuviésemos en el siglo XII, arbitrios para encerrar é incomunicar á una mujer en una habitación de ventanas clavadas, semejante al trágico aposento donde por orden de Felipe II se vió recluida la princesa de Eboli; ese torcionario que todas las noches repetía, al oído de su esclava: «Tienes de vida hasta tal fecha, prepárate,» se le da por bien castigado con veintidós años de presidio, probablemente recortados por algún indulto que gestionará algún cacique, y que costará la vida á la esposa, pues la libertad del criminal es para el inocente decreto de muerte.

Quien gestione el indulto de ese hombre, cooperará á la obra del atormentador casero. La víctima despertará de su intranquilo sueño evocando todos los sufrimientos pasados, reviviendo la atroz vida y creyendo ver entrar por la puerta á su verdugo. Será, cada mañana, el despertar del sentenciado, que cree que van á decirle: «Armate de valor, ha llegado la hora.»

Si yo hubiese podido meterme en el cuerpo del fiscal, diría á los encargados de aplicar la pena lo que dijo Víctor Hugo en un verso célebre:

«*Tu peux tuer cet homme avec tranquillité.*»

\* \*

He visitado ayer el taller de Sorolla en su nuevo estudio de la calle de Miguel Angel.

Sorolla es un infatigable luchador y un artífice de sí mismo, un labrador de sus admirables facultades. He notado que en nuestro ambiente es común la disposición y raras la constancia y voluntad de sacar partido de ella. No digo que abunden artistas dotados como Sorolla, ni que sea fácil siquiera contarlos por los dedos de la mano; pero es muy cierto que, reuniendo verdaderas dotes, muchos artistas, en vez de desarrollar lo que llevan dentro, se diría que se han agotado al exprimir el jugo con que hicieron su primer obra.

Sorolla prefiere á todo el paisaje, la amplitud de la naturaleza, que tantas veces ha interpretado del modo magistral que sabemos. Imposiciones del ambiente le obligan á dedicarse á otro género, al retrato. La sociedad cría retratistas, aun hoy, en estos tiempos de platinotipias y postales. La demanda de retratos ha estimulado á Sorolla, y le ha descubierto á él mismo—acaso no lo supiese—que es retratista, como es paisajista, que tiene para el retrato la capacidad, la fuerza, el músculo, y que llegar á dominar, en sus artificios, ese aspecto del arte, es cuestión de proponérselo. Si prosigue subiendo como este año ha subido, acabará por ser retratista incontestable, á su manera, castizo y fuerte.

En el taller, terminados ó próximos á terminarse, y sin saber todavía si figurarán en la Exposición ó serán remitidos á los Estados Unidos para exponerlos también, he visto los retratos de Aureliano Beruete, padre (el eminente paisajista), y de Aureliano Beruete, hijo; el del conde de Casal; el de Mérida el arqueólogo; el de Franzen el fotógrafo; el de la actriz señorita Brú; el de la esposa del autor; tres grupos de sus niños (uno de ellos el llamado de «la familia,» donde figuran hijos y padres, y la cabeza de Sorolla se refleja en un espejo, con graciosa triquiñuela artística que recuerda las Meninas). En todos estos retratos, la genialidad de Sorolla se manifiesta brava y ardiente, enemiga de convencionalismos, buscando la dificultad de la luz para vencerla y tragársela, si así puede decirse. En algunos, como el del joven Aureliano Beruete, se observa mayor transigencia con los gustos del público; en el de la esposa del autor se nota una evolución hacia la poesía y la delicadeza que no sospecharíamos en el Sorolla violenta y crudamente realista de hace dos ó tres años; pero en el de Mérida, á mi ver el más hermoso y recio de toda la serie, se afirma la personalidad de Sorolla, y se sacia su anhelo de verdad, hasta un punto que hace de tan breve página un tesoro.

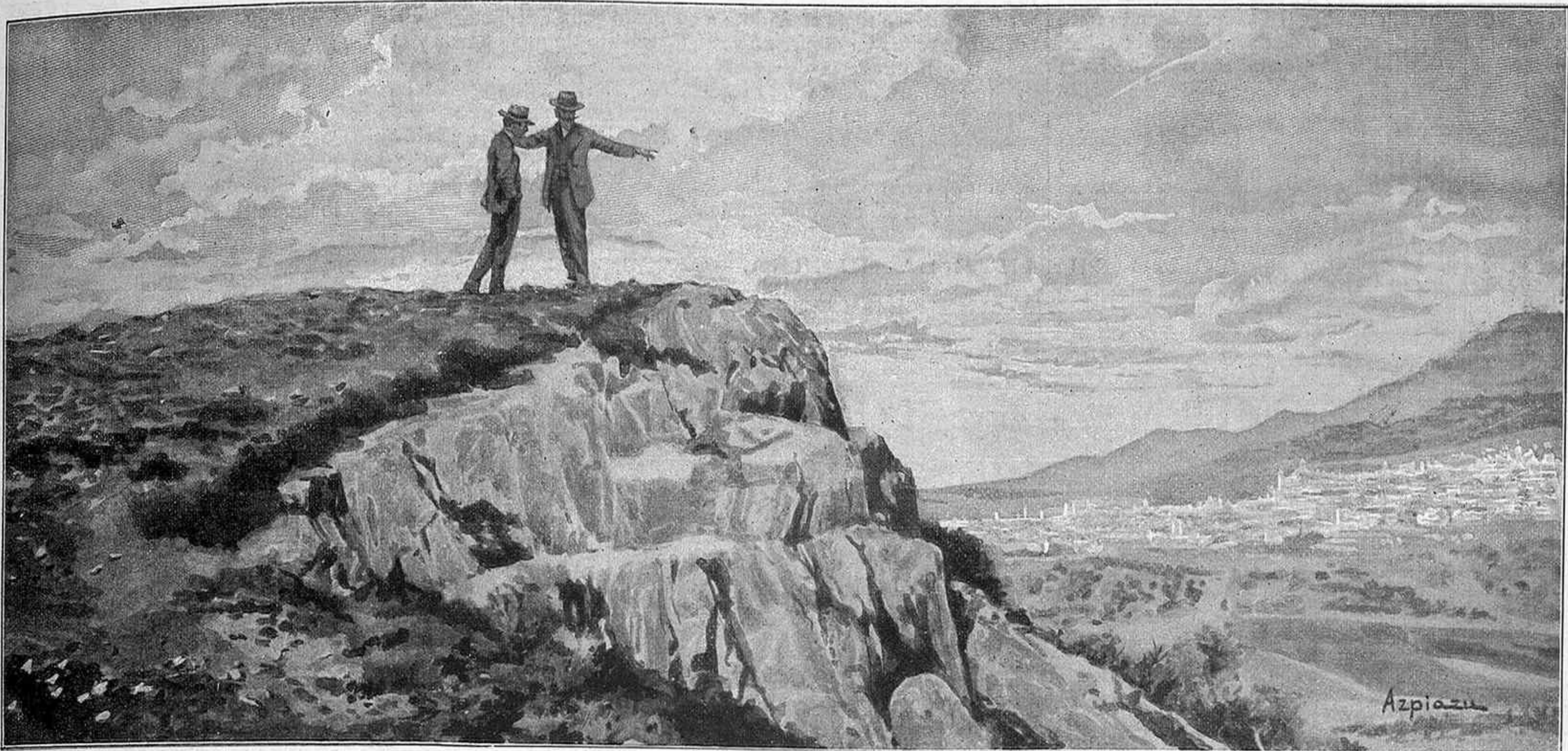
\* \*

En cada uno de estos retratos que acabo de nombrar, hay algo que sorprende, considerado como trozo de pintura. En el de Beruete padre, la cabeza; en el del hijo, la ropa; en el del conde de Casal, una mano que recoge amplia capa de uniforme palatino; en el de la señora de Sorolla, una mano también, bañada de luz y ensortijada, una monería; en el de Mérida, otra mano (las manos son el escollo de los retratistas y aquí son un triunfo); en el de los hijos del pintor, una figurita entera de niño, asombrosa, que se dirige hacia el espectador con el aspecto de vida que sólo presta un pincel maestro; en el de Franzen, una expresión que habla.

En el fondo del taller, el grupo de dos retratos más, de fiel parecido y aparatosos: el de la reina madre y el del rey, en pie, de cuerpo entero y cogidos. Creo que al Ministerio de Estado se destina este grupo, y llena perfectamente la indicación del género: es espléndido y grave; la posición de los dos regios modelos respira la dignidad del rango y esa rigidez afable que se adopta en besamanos y audiencias: la vestidura de la reina es de una elegancia severa, de un gris luminoso; y la nota fastuosa del trono, flanqueado de sus dos leones, completa el conjunto.

Siempre en arte la psicología del individuo dará base para el estudio más hondo; y sea en el busto de mármol, sea en el retrato, sea en el diseño dramático de un carácter, sea en la honda queja personal de una poesía lírica, se podrá colmar la medida de la belleza y llegar á cuanto se llegaría por otros caminos.

EMILIA PARDO BAZÁN.



- Allí, allí se vive...

ENTRE DOS CIMAS

I

Críose Gabrielito en pleno monte, bajo la inspección amante de toda su familia, que por fuerza debió ver en aquel retoño á un nuevo Mesías portador de grandes venturas, según la solicitud con que de día y de noche le vigilaban y atendían, siempre al acecho del más leve síntoma de cafermedad. El chico, por su parte, era bueno, cariñoso y listo; nunca dió disgustos á nadie, ni apedreó á los perros, ni merodeó por los huertos vecinos en busca de fruta. Humilde, serio y pensador, fué desde pequeño un modelo de ciudadanos, en el cual casi casi se hubiera podido columbrar al hombre de genio, al grande hombre destinado á la inmortalidad. Sin ser precoz, prematuro desarrollo que suele dar funestos resultados, estudiaba con facilidad, comprendía las cosas en la primera explicación y observaba mucho, con una atención callada y sencilla que movía á respeto. A los doce años era la enciclopedia del pueblo, el sabio, hasta el juez; y como las consultas llovían á cualquier momento, sin orden ni consideración á la tierna edad del muchacho, fué preciso señalar horas de audiencia, durante las cuales recibía Gabrielito en su despacho, rodeado de libros y mapas, á todos los que deseaban hablarle. A éste le aconsejaba que comprase fosfatos para robustecer sus prados anémicos; al otro le redactaba una solicitud dirigida al ministro de Hacienda para la pronta resolución de un complicado expediente; al de más allá le advertía que no tomase vinagre en las comidas por ser cosa indigesta y á la postre inútil, y afable con todos, infantil á pesar de su sabiduría, despedíase de sus clientes dejándose besar en ambos carrillos.

Todos los meses iba Gabrielito á Teruel, la capital cercana, á comprar libros. Acompañábale el padre ó la madre, según las ocupaciones de uno y otro. Un librero que le conocía íbale indicando las obras que debía comprar: pocas novelas y mucha física, química y matemáticas. «Las ciencias nunca son inútiles —decía el avisado industrial.— En cambio la literatura es un lujo casi siempre nocivo.» Y Gabrielito fué atestando la casa de libros útiles, extensos y laberínticos los unos, compendiados los otros, todos ceñidos, austeros, incorruptibles. Nombres ilustres decoraban los lomos en pergamino y observaban con su helada severidad de esfinges cuanto ocurría en el despacho, colocados en metódica fila, limpios é intachables; y cada vez que Gabrielito echaba mano á uno de ellos, temblaba y se ponía rojo, como si le avergonzase aquella intimidad con sabios tan empingorados, entre los cuales había muchos ya fallecidos, que eran precisamente los que más azorado le ponían por creer que le estaban mirando al través de las hojas del libro, de sus cálculos y problemas.

Poco á poco se familiarizó con ellos y con la familiaridad vino la calma. Los leía sin miedo ni rubor, pero ¡ay!, tardaba en hallar la justificación de su fama, la substancia sabrosa de que los suponía repre-

tos. ¿Por qué serían inmortales todos aquellos señores?.. Una tarde, cansado de estudiar sin provecho, se quedó dormido sobre el binomio de Newton.

II

Pinarzuelo estaba asentado en la cima de una montaña siempre verde y florida, rodeada de bosques, amparada de los vientos por otro cerro enorme que coronaban tremendos bloques de granito. Por la parte meridional todo eran también cadenas de montañas formando colosal gradería de piedra, como un anfiteatro interminable. Manchas oscuras que debían ser pinares llenaban sus vertientes y daban al contorno una plácida suavidad de líneas; otras manchas blancas parecían caseríos; el ferrocarril se deslizaba entre ellos representado por una nube gris y un bulto negro del tamaño de un escarabajo; de diciembre á febrero les cubría la nieve. Bosques y caseríos desaparecían entonces bajo la densa sábana, y los torrentes empezaban á llorar sobre el valle con un perenne rumor de truenos lejanos.

A Pinarzuelo no llegaron jamás ni el frío ni la nieve. Como desde las altas regiones septentrionales donde el invierno les daba suelta hasta la florida montaña de este relato la distancia era inmensa y los obstáculos se sucedían sin descansar, cada roca, cada barranco y cada pinar quedábase con un poco de frío, con un puñado de nieve, con un trozo de invierno, y claro está, á Pinarzuelo no le tocaba nada de los rigores invernales, lo que quiere decir que vivía en una eterna y alegre primavera.

Cuando Gabrielito llegó á los quince años y comenzó á darle por las excursiones solitarias, como cumplía á su temperamento reflexivo, eligió como lugar de meditación diaria, especie de retiro voluntario y apetitoso, una meseta que á dos kilómetros del pueblo se alzaba y á la cual se subía por una rampa medio oculta detrás de un grupo de castaños. Desde allí se dominaban completamente todos los alrededores de Pinarzuelo, sus bosques, sus caminos, la polvoriente carretera que bajaba en espiral hasta el valle y luego se perdía en la sombra de una estrecha cañada que más parecía túnel; y por encima de la gradería de montañas, confundiendo con el cielo bajo la forma de una niebla levisima, veíase también, aunque mejor será decir que se adivinaba, otra cima, la capital del reino, la urbe todopoderosa, de la que hablaban en Pinarzuelo como de las maravillas de un cuento de hadas, apostólico el narrador y boquiabiertos los oyentes.

Bueno, pues en aquel lugar comenzó Gabrielito á estudiar grandes y aun divinas cosas. Sirvióle de libro la inimitable Naturaleza, arrogante, gentil, con su cabellera de huertos y selvas tendida al viento; con la purísima mirada de sus ojos, que son los ríos; con la vida inagotable de sus senos, que son los campos; y día tras día, á fuerza de observar y de recibir intensas emociones, fué acostumbrando á aquel sosiego virginal, como la belleza de un cielo sin nubes, y acabó por declararse á sí propio que sólo allí era po-

sible la verdadera dicha, la dicha sencilla de los que no se queman en la fiebre de la ambición, la dicha de los parques, de los buenos, de los espíritus superiores.

¿Sólo allí?.. ¿Y aquella otra cima que se vislumbraba como una niebla en el horizonte? ¿Qué era? ¿Qué significaba? ¿Tenía allí el cielo igual diafanidad? ¿Oreaba el ambiente igual brisa templada y llena de aromas? ¿Estaba aquella cima más alta que la de Pinarzuelo, con sus bosques eternamente verdes? ¿Qué fondo de amarga verdad había en el fondo de aquellos relatos fantásticos que se hacían de la vasta urbe en el pueblo de Gabrielito?.. Puede que todo fuese igual y que también la verdadera dicha se aposentase en aquella niebla lejana. Pensándolo bien, no tenía nuestro mozalbete ningún motivo para creer otra cosa. El mismo cielo cobijaba á las dos cimas.

III

D. Eduardo Gómez del Molar era un buen mozo robusto, barbudo é imponente, que más parecía capitán de húsares que artista, si bien esto no quiere decir que los capitanes tengan la exclusiva de la robustez y de la barba. Este noble señor escribía magníficas novelas sensuales, llenas de vida calenturienta, de placeres endemoniados y de mujeres que ni con tenazas podían cogerse por lo sucias y perdidas que las pobrecitas estaban. Las páginas de sus libros evocaban el recuerdo de las más grandes porquerías que se han escrito con pretensiones de obras de arte y, lo que es más peregrino, con arrogancias de fiel copia de la realidad. Como si en la realidad no hubiese cosas que de puro líricas parecen celestiales.

Una vez decidió este caballero retirarse temporalmente al campo, á un rincón ignorado y agreste, donde las cabras ramoneasen con la idíllica tranquilidad de los viejos poemas; y busca por aquí, busca por allá en un descomunal mapa de España que en su estudio tenía, con objeto sin duda de dar más realidad á sus novelas, topó con el pueblo de Gabrielito, representado por un punto casi imperceptible en lo más intrincado del Albarracín.

La entrada del Sr. Gómez del Molar, con sus maletas elegantes, sus baúles enfundados, su luenga barba y demás accesorios, en el tranquilo Pinarzuelo, produjo la consiguiente sensación y en poco estuvo que tocaran á Gloria las campanas y se disparasen cohetes. Afortunadamente, el ilustre artista era modesto y no consintió en que por su culpa pesasen sobre el erario municipal gastos imprevistos y además superfluos. Eso sí, pidió que le pusiesen en relaciones con las principales familias del lugar, y como entre ellas se incluía siempre á la de Gabrielito, he aquí por dónde entabló amistad con un grande hombre nuestro barbilimpio pensador.

Una tarde, después de varias disquisiciones de índole vulgar en las cuales estuvo Gabrielito muy oportuno, disparóle el otro á quemarropa la siguiente pregunta:

—¿Y qué opina usted del mundo, mi joven amigo?

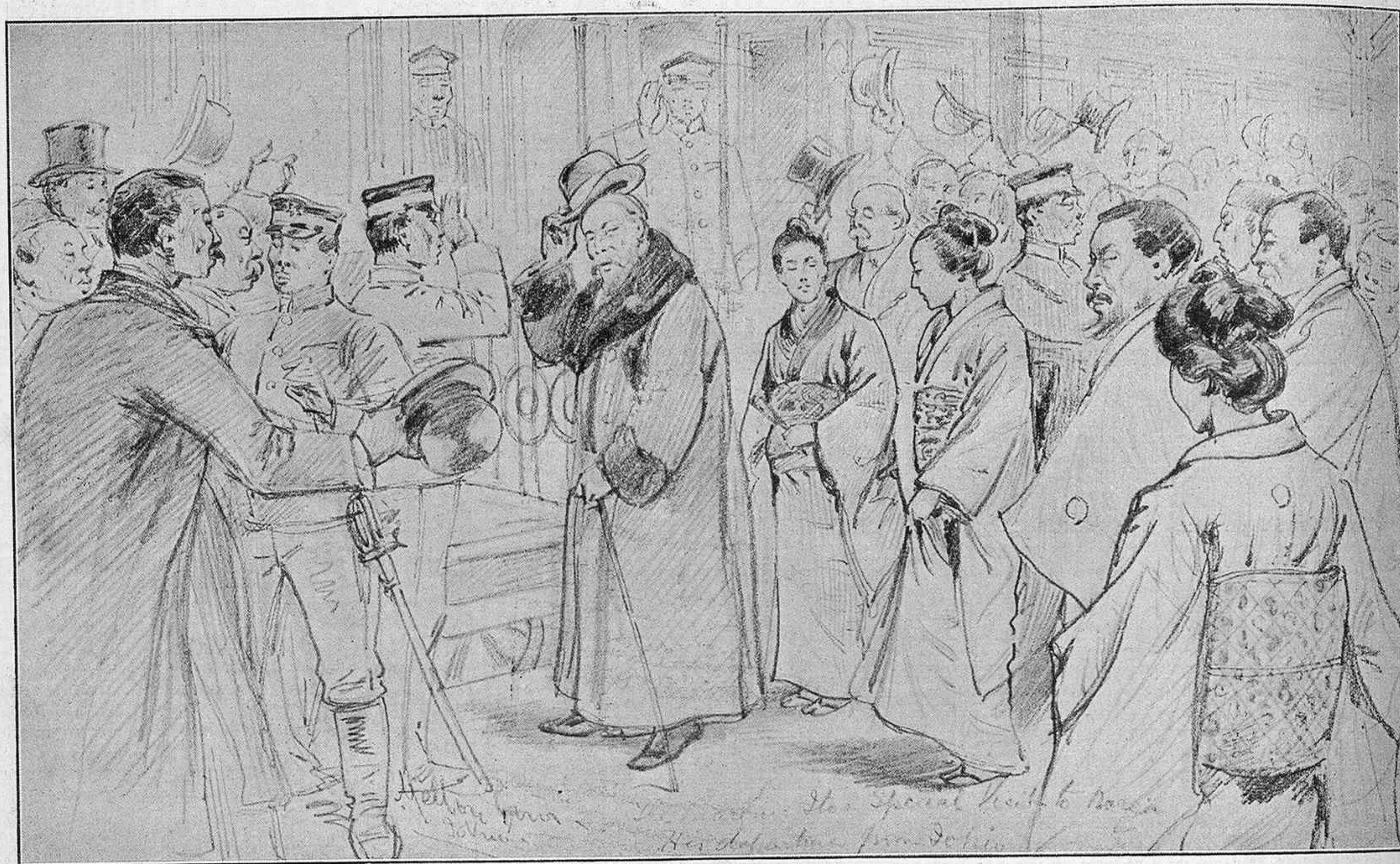
Gabrielito se puso pálido, abrió la boca y no atinó a contestar. ¡Qué iba a saber del mundo aquel pobre muchacho! De Pinarzuelo sí que sabía mucho, quizás demasiado; pero del mundo... ¡Ay! Pinarzuelo no era el mundo, era un puntito casi imperceptible perdido entre los vericuetos del Albarracín, que a su vez resultaba una cordillera de juguete al lado del Himalaya y los Andes. El mundo era otra cosa, de la que podía dar una idea aproximada aquella otra cima lejana que con el horizonte se confundía.

ni siquiera armas son, y estoy viendo que van a pasar todos sobre ti pisoteándote a su gusto para quitarse de encima un competidor. Sí, Gabrielito de mis culpas, te hablo llena de amor y de lástima. No es que te quiera para mí sola, ni que tema el olvido de la promesa que me hiciste... Es que me causas mucha pena, como me la causan los pobres ciegucecitos que no saben dónde ponen el pie y a lo mejor lo ponen en el vacío y se estrellan. Como soy mujer, me negarás competencia en estos asuntos... Claro está.

existencia le brindaba el humilde Pinarzuelo, con su eterna y simbólica primavera? Luego que cedieron el terror y el frío, surgió en su lugar un alto anhelo, el de salvar a Gabrielito convirtiéndole de nuevo a la vida del campo, echándole otra vez en los brazos amantes de la Naturaleza, principio y fin de la belleza y la felicidad. Y aquella misma tarde le llevó de paseo, no a la tentadora meseta desde la cual se veía el mundo, sino al valle, donde los hombres trabajaban la tierra y los árboles daban sus mejores frutos.

### TOKÍO DURANTE LA GUERRA.—CROQUIS DE MELTON PRIOR,

dibujante de la ilustración inglesa «The Illustrated London News» en el Extremo Oriente



EL COMIENZO DE UNA MISIÓN DIPLOMÁTICA AFORTUNADA: SALIDA DEL MARQUÉS ITO, LLAMADO «EL BISMARCK JAPONÉS,» DE TOKÍO PARA DIRIGIR LAS NEGOCIACIONES DIPLOMÁTICAS CERCA DEL GOBIERNO DE COREA. (Reproducción autorizada.)

Una buena parte del éxito de las operaciones del ejército japonés en Corea se debe a la habilidad con que el Japón se ha asegurado la preponderancia en aquella península. La diplomacia del marqués Ito ha conseguido que el emperador coreano consintiera en aceptar el protectorado japonés, gracias a lo cual las fuerzas del Mikado han podido moverse libremente en Corea.

Gabrielito habló de ella y el novelador invitó a subir a contemplarla. Aquel día estaba el cielo limpiísimo, transparente, y lo que otras veces parecía una nube, mostraba entonces las líneas perfectamente apreciables de una montaña real. En su falda, no apoyándose, sino sosteniéndola, estaba la capital del reino, la urbe todopoderosa, una reducción fotográfica del mundo.

—¡Ah, si usted supiese lo que es aquello!, exclamó el Sr. del Molar con un magnífico gesto de comediante. Allí, allí se vive, allí se padece la fiebre de la vida, con sus ratos de estúpido decrecimiento y sus horas de radiante delirio. La tranquilidad de estos sitios es allí cosa anormal, inverosímil, y las gentes se ponen tristes y temerosas el día que no ambicionan nada, el día que no luchan, que no se queman en la fiebre general. La carrera es loca, impía, cruel; pero el premio lo indemniza, lo justifica todo. ¡Ah, qué premio! El cielo en la tierra.

Gabrielito soñaba despierto. Aquella noche soñó dormido y entrambos sueños le transformaron.

#### IV

«Estoy muy triste, Gabrielito. Se me figura que esa enorme población te va a tragar ó a dejarte por lo menos cojo ó manco. No sé qué demonio maldito te inspiró la idea de salir de Pinarzuelo y meterte en estos trotes de escribir libros y echar discursos que después de todo no te servirán de nada, porque tú no eres entrometido ni audaz, y me da el corazón que estas dos cosas son imprescindibles para conseguir lo que deseas. Eres un tontín si te figuras que la laboriosidad y la buena fe son armas bien templadas,

¡Qué sabemos nosotras de esas luchas por la gloria! Nada, ¿verdad? Pues mira, estoy conforme. Carezco de competencia para darte consejos, no entiendo nada de la lucha en que te has metido; pero presiento que saldrás derrotado. En esto de presentir somos maestras las mujeres, y cuanto más enamoradas, más maestras.—Tu Lola.»

#### V

Regresó Gabrielito a Pinarzuelo, no vencido precisamente, pero sí muy cansado. Tenía el rostro cejijunto y sombrío, impresas en él las huellas de la terrible fiebre, que agosta las mejillas, quema los labios y dobla la espalda. Sus manos temblaban y sus piernas no podían estarse quietas, síntomas ambos de grande excitación nerviosa; y al hablar, brillábanle inquietos los ojos, como acostumbrados a la perenne investigación, al azoramiento y al recelo. No eran ya los ojos del hombre fuerte, tranquilo y satisfecho siempre de sí mismo, sin locas ambiciones ni sueños de grandeza... Gabrielito se había transformado. ¡Oh, la urbe todopoderosa!

Cuando entró en su casa y sentóse en el antiguo comedor, cerca del hogar, en el que ardía un verdadero montón de leña, cuéntase que suspiró larga y profundamente y respondió a las preguntas de su padre con estas frases amarguísimas:

—Sí, tiene usted razón; aquí se vive muy bien, envidiablemente bien; pero una vez empezada la lucha hay que proseguirla hasta vencer. ¡Ay de los que se retiran a mitad de jornada!

La dulce Lola oyó también estas palabras y no pudo por menos de estremecerse de frío y terror. ¿Para qué suicidarse cuando tan risueña y apacible

Sentáronse a la sombra de un castaño secular. A pocos pasos, cantaba un arroyo su eterna y dormilona canción; más lejos, chirriaba una noria; a la derecha, laboraban pacientemente dos yuntas; a la izquierda, dormía un rebaño de cabras. Todo era paz sobre aquel rincón del planeta, la paz de la dicha y del sosiego. Vivamos en reposo y viviremos bien... Pero Gabrielito seguía soñando, indiferente y mudo ante la plácida hermosura del paisaje... Al cabo de un rato se levantó sin decir palabra y emprendieron juntos el regreso a Pinarzuelo.

Después, durante varios días, vióse seguir humildemente a Lola, dejándose llevar por ella a cuantos sitios se proponía, y empezando a participar poco a poco de su admiración por aquellas perspectivas lozanas en las cuales se iba prolongando la vida con ardorosos y sucesivos rejuvenecimientos. Quedábase ensimismado a ratos y de pronto rompía a charlar sin tino, lleno de alborozo, pegado a Lola, que parecía simbolizar en aquellos instantes a la Ventura encarnada en el Amor, con los ojos deslumbradores y los rojos labios ofreciendo mieles sin cuento.

Y vean ustedes cómo ocurren las grandes conversiones. Una pareja de palomas, cosa sencillísima y vulgar, acabó con las dudas de Gabrielito y sus peligrosos volatines en la cuerda floja de la vacilación. Sin duda debió ver algo sublime en aquel idilio al aire libre, por cuanto alzándose brioso y decidido, exclamó así ante la estupefacta Lolita:

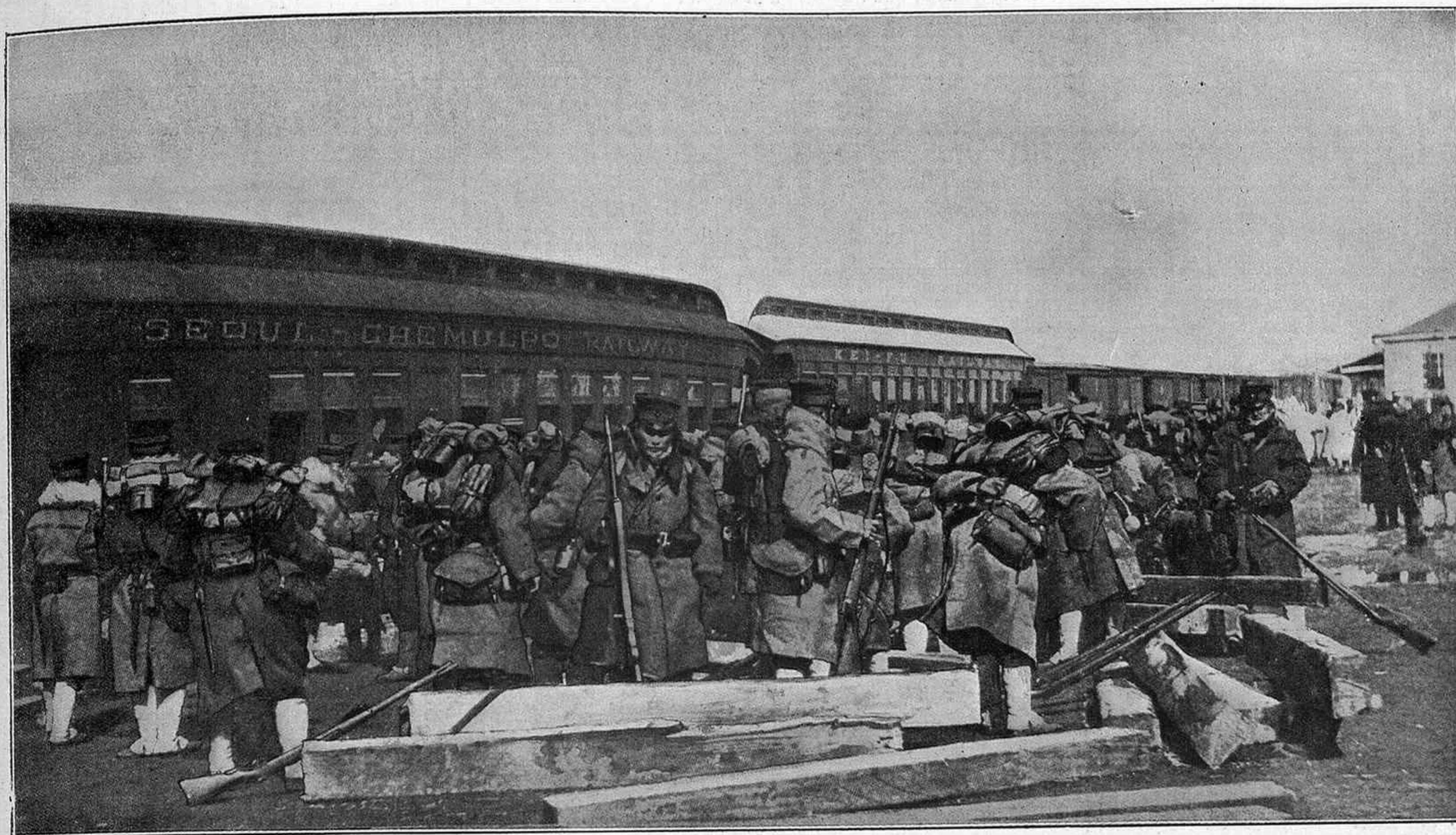
—Abrázame, muchacha. Has triunfado. Entre las dos cimas, me quedo con ésta, menos elevada, pero sin tempestades.

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Dibujo de Azpiazu.)

LOS JAPONESES DUEÑOS DE COREA.—AVANCE DEL EJÉRCITO JAPONÉS HACIA EL RÍO YALU

Fotografías de K. Yoshida, uno de los corresponsales de la ilustración inglesa «The Illustrated London News» que acompañan al ejército japonés



LLEGADA DE TROPAS JAPONESAS Á LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DE SEÚL. (Reproducción autorizada.)



UN REGIMIENTO JAPONÉS DIRIGIÉNDOSE Á ICHÓN. (Reproducción autorizada.)

AYENEA  
BIBLIOTICA  
MADRID

## VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

No menos entusiasmo que en Cataluña ha despertado en las Islas Baleares la presencia de S. M. el rey D. Alfonso XIII. Todas las principales poblaciones de aquel hermoso archipiélago, tan espléndidamente

desembarcando en el Club de Regatas, y entró en la ciudad dirigiéndose a la Catedral, en donde se cantó un *Tedéum*, y de allí al histórico palacio de la Almudaina, que hoy ocupa la Capitanía general. Inmediatamente verificóse la recepción, terminada la cual puso la primera piedra del edificio destinado a Mon-

fondeó en el puerto de Alcudía, en donde S. M. no pudo desembarcar a causa del fuerte temporal que en aquellas aguas reinaba, haciendo luego rumbo a Pollensa. En la tarde del 24 visitó esta población; y por la noche, después de haber presenciado la iluminación de la bahía, el yate real marchó a Ibiza, adon-



S. M. dirigiéndose desde el desembarcadero del muelle de costa a la plaza de Olózaga



S. M. pasando por el arco de triunfo levantado en la plaza de Olózaga por la Junta de Obras del puerto

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN TARRAGONA. — (Fotografías de D. Sebastián Cardona.)

favorecido por la naturaleza, se han engalanado para recibir la visita del joven monarca, todas han organizado brillantes festejos para obsequiarle; todas han acudido a saludarle con aplausos y aclamaciones delirantes.

Dicho esto, que nos evitará incurrir en continuas repeticiones, vamos a hacer una ligera descripción del viaje de S. M. en aquellas islas.

te de Piedad y Caja de Ahorros; después presenció el desfile de las tropas desde una tribuna levantada por la Diputación Provincial en la explanada de la Lonja, y se retiró al *Giralda*. Por la noche visitó el Centro Militar y el Circulo Mallorquín.

La mañana del 22 la dedicó S. M. a la visita de las defensas de costa y de la bahía, y por la tarde desembarcó el rey en el sitio llamado «Cas Catalá,» y en

de llegó en la mañana del 25. El rey se dirigió a la Catedral, inspeccionó la batería de Santa Tecla, celebró en las Casas Consistoriales la recepción de autoridades y corporaciones, y después de inaugurar el monumento dedicado al general Vara de Rey, se embarcó de nuevo en el *Giralda*, quedando en este punto terminada la expedición regia a las Islas Baleares.—S.



Llegada de S. M. a la Catedral



Salida de S. M. de la Catedral

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN TARRAGONA. — (Fotografías de D. Sebastián Cardona.)

Llegó el rey a Ciudadela a las seis de la tarde del 19, y después del *Tedéum* en la Catedral, presenció el desfile de las tropas, presidió la recepción, visitó la exposición de industrias locales y regresó al *Giralda*, en donde pernoctó.

En la mañana del 20 desembarcó en Mahón, visitó la Catedral, desde allí se dirigió a las Casas Consistoriales, en donde se celebró la recepción, y luego a los establecimientos de beneficencia, regresando después al *Giralda*. Por la tarde estuvo en el cruceo *Lepanto*, en el fuerte de Isabel II y en el puerto de Fornells; por la noche se celebró en el puerto una fiesta marítima que resultó magnífica.

A las cuatro de la tarde del 21 llegó S. M. a Palma,

coche se dirigió, pasando por los pintorescos caseríos de Port-Pi y el Terreno, al castillo de Bellver, y desde allí a Palma, en donde visitó el campamento militar, la fábrica de alfombras de D. Juan Vidal, la Casa de Misericordia, el cuartel del Carmen y el precioso edificio de la Lonja. Por la noche el rey invitó a las autoridades, diputados y senadores a presenciar la iluminación y los fuegos artificiales desde el *Giralda*.

El día 23 verificóse la visita a las incomparables cuevas de Artá, que causaron profunda impresión en el rey; en la cueva denominada «Cuarto de las banderas» S. M. resbaló y cayó sufriendo algunas contusiones, por fortuna leves. Por la tarde el *Giralda*

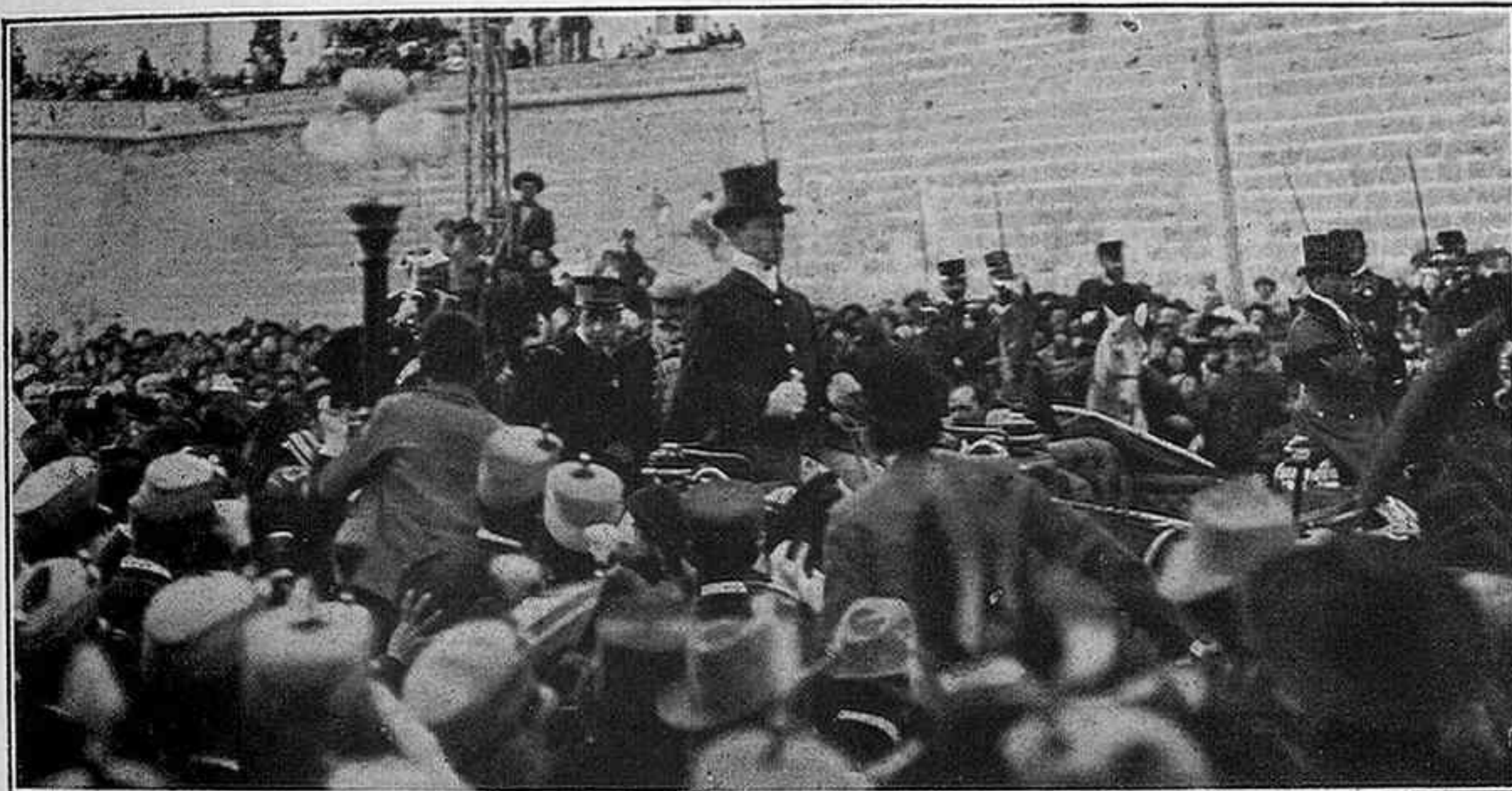
## CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Inmovilizada la escuadra de Puerto Arthur, toda la atención se concentra en las operaciones terrestres que se realizan en la frontera manchú-coreana, en preparación de las que han de constituir las acciones de verdadera importancia, decisivas para la lucha entre Rusia y el Japón.

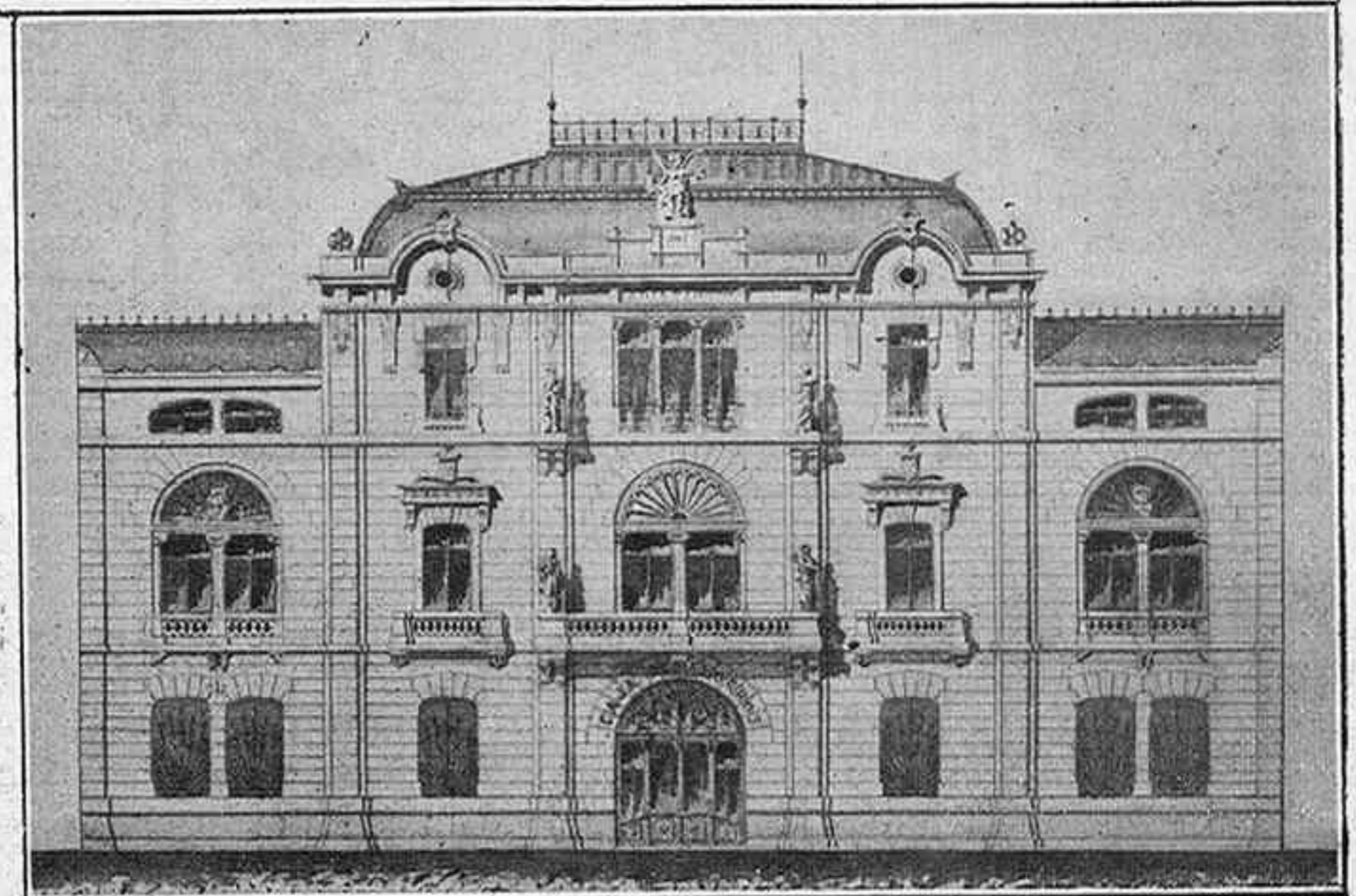
Las fuerzas que los japoneses tienen actualmente en la península de Corea se componen de un cuerpo expedicionario y otro de ocupación: el primero, de 45.000 hombres, avanza hacia el Yalu; el segundo, compuesto de 15.000 reservistas, asegura las comunicaciones.



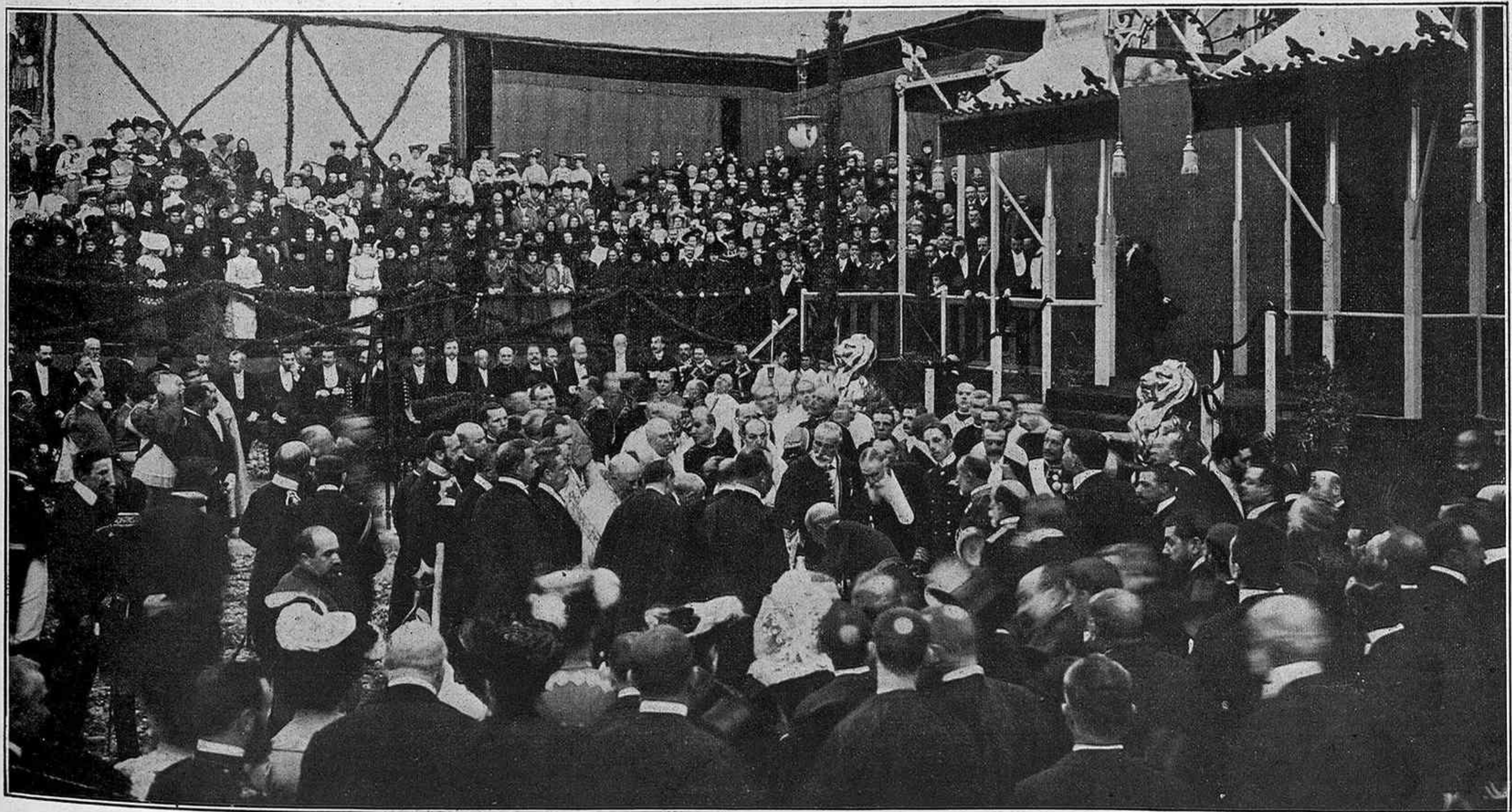
Aspecto del puerto pocos momentos antes de la llegada de S. M.



Entrada de S. M. en Palma



Edificio de la nueva Caja de Ahorros (proyecto de D. Gaspar Benasar)



S. M. colocando la primera piedra del nuevo edificio de la Caja de Ahorros. (Fotografías de A. Merletti)

BIBLIOTECA  
MADRID



¡PRISIONERO!, cuadro de L. A. Tessier





EL TRAGO DE DESPEDIDA, cuadro de H. Umbricht

El cuartel general está en Seúl, cuya guarnición cuenta 4.000 hombres.

Según noticias oficiales rusas, los japoneses concentran al Norte de Witjiú, es decir, en la orilla meridional del Yalu, considerables fuerzas y un abundante material de pontones para atravesar el río; los rusos, por su parte, tienen el grueso de las suyas en Antung, población situada en la orilla opuesta, en

«Espero—dijo antes de ser recibido por el emperador—que aún podré inquietar á los japoneses; la situación de las escuadras de Vladivostok y de Puerto Arthur permite todavía emprender operaciones serias, y por otra parte, cuento con la flota del Báltico para tomar con ella la ofensiva.»

Esta escuadra del Báltico, que se compondrá de catorce acorazados y cruceros y seis submarinos, no estará lista, según parece, hasta mediados de agosto, y por consiguiente, no podrá encontrarse en el teatro de la guerra hasta mediados de octubre. Acaso en aquel entonces ya se haya



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN PALMA DE MALLORCA  
S. M. desembarcando en «Cas Catalá.» (De fotografía de A. Merletti.)

frente de Witjiú, y el general Kashtalinski, que manda las tropas del Yalu, guarda la carretera de Seúl á Mukden y puede oponerse á un desembarque de los japoneses en Ta-Ku-Chan.

El efectivo del ejército ruso en Mandchuria consta de unos 300.000 hombres, de los cuales 200.000 constituyen el ejército de campaña, 55.000 las guarniciones de las plazas fuertes y el resto las tropas encargadas de la vigilancia del transiberiano. En vista de esto, y considerando por ahora suficiente el número de estas fuerzas, el gobierno ruso ha acordado suspender momentáneamente los nuevos envíos de tropas.

El almirante Alexeief ha dictado una proclama diciendo que serán capturados los buques neutrales que empleen la telegrafía sin hilos en las costas de Kuang-Tung ó en el radio de acción de las fuerzas navales rusas, siendo considerados como espías los corresponsales que empleen este sistema de comunicación. Esta rigurosa medida se explica desde el momento en que recientes hechos han demostrado que el Japón cuenta con un excelente servicio de espionaje. En efecto, hace poco fueron detenidos en la Mandchuria y fusilados dos oficiales japoneses á quienes se les encontraron útiles y explosivos con los cuales se proponían destruir la vía férrea. Posteriormente han sido también detenidos otros dos que se proponían atentar contra el general Kuropatkin. Más grave es lo ocurrido en Cronstadt, en donde se han lanzado, ignórase por quién, contra los dos nuevos cruceros *Izumriud* y *Iemitchug*, recientemente botados al agua, algunos torpedos que afortunadamente pudieron ser recogidos antes de que chocaran con dichos buques.

Y por si todo esto fuese poco, ábrese paso en los centros oficiales rusos la creencia de que la voladura del *Petropawlosk* fué debida á la explosión, no de una mina ó de un torpedo japoneses, sino de una máquina infernal. Fúndase esta creencia en el relato de algunos testigos oculares: refieren éstos que al ponerse el buque almirante al frente de la escuadra para regresar á Puerto Arthur, viéronse á bordo del mismo algunas nubes de humo y se oyó una pequeña detonación; inmediatamente surgieron entre las dos chimeneas una columna de humo y una gran llamarada y se produjo otra explosión más fuerte que la primera. Estas dos explosiones y la circunstancia de que, según el parte de Alexeief, la columna de humo era de color verde y amarillo (que son los del humo que desprenden los picratos con que se cargan las máquinas infernales), hace sospechar que la catástrofe del *Petropawlosk* fué consecuencia, no de una desgracia, sino de un acto criminal.

La escuadra rusa de Puerto Arthur ha tenido una nueva pérdida: una chalupa de vapor que colocaba minas, chocó con un torpedo, yéndose á pique y pereciendo su tripulación.

A pesar de todas estas contrariedades, el nuevo jefe de las fuerzas navales rusas en el Extremo Oriente, el almirante Skrydlof, cuyo retrato publicamos en el número 1157, se manifiesta muy esperanzado.

solucionado definitivamente por tierra la lucha entre Rusia y el Japón.—R.

NUESTROS

GRABADOS

Excmo. Sr. don Antonio Maura.

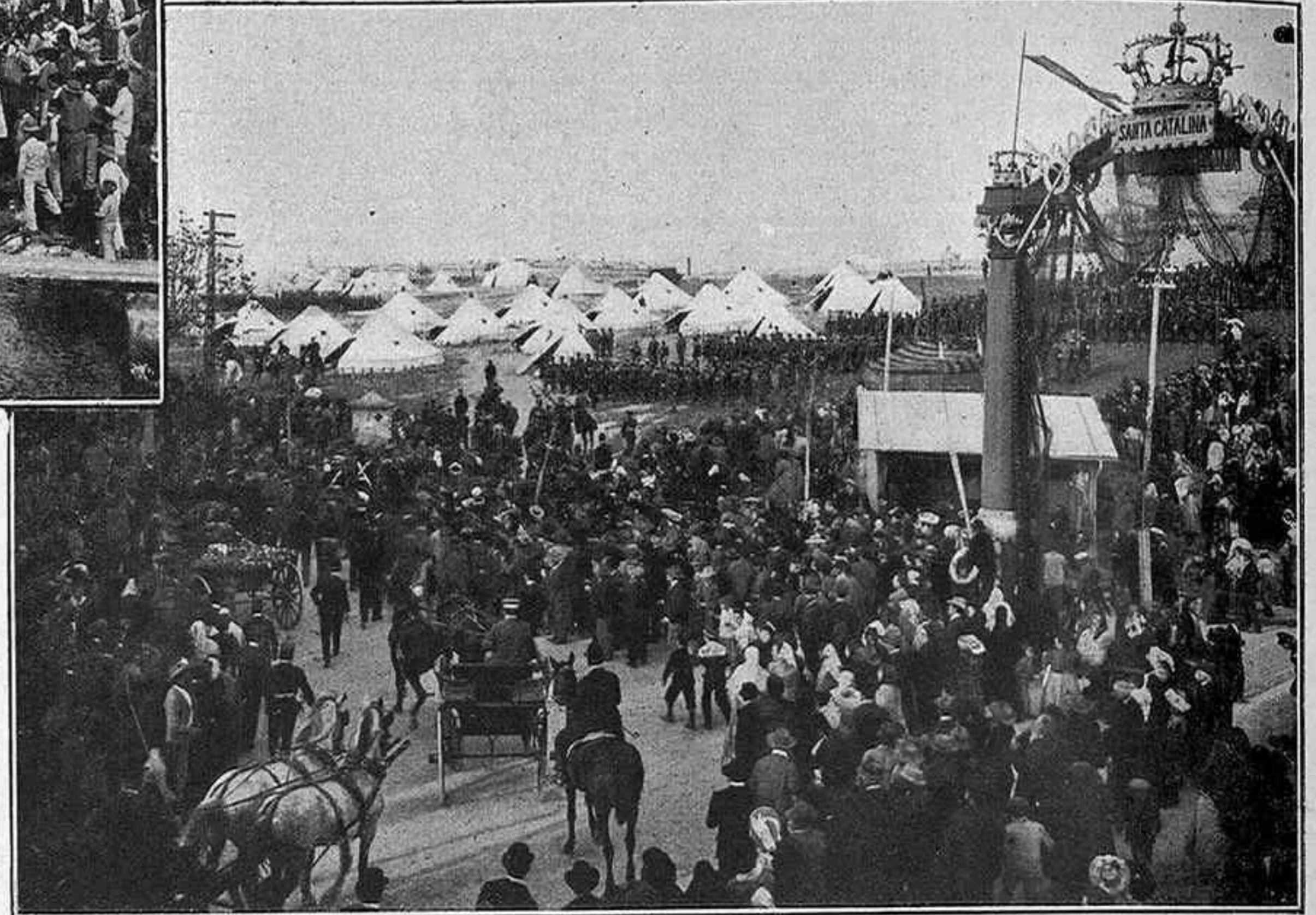
—Nació en Palma de Mallorca en 1853, estudió Derecho en la Universidad de Madrid y bien pronto se distinguió por su talento y por su elocuencia, logrando en poco tiempo constituir un buen bufete de abogado, que hoy es uno de los primeros de la corte. No menos brillante ha sido su carrera política: afiliado al partido fusionista, fué elegido por vez primera diputado en 1881 por su ciudad natal, cuya representación ha ostentado desde entonces sin interrupción, conquistándose desde luego merecida fama de gran parlamentario. Fué con Sagasta ministro de Ultramar y de Gracia y Justicia; pero en 1898 separóse con su cuñado Gamazo del partido en que hasta entonces había militado, si bien manteniéndose siempre adicto á los principios liberales. Muerto Gamazo, Maura fué el jefe de aquella disidencia, que al fin se fusionó con el partido conservador, que le reconoció como jefe cuando Silvela se retiró de la política. Actualmente desempeña la Presidencia del Consejo de Ministros. Como diputado y como ministro ha contribuído á la formación de importantes leyes y ha demostrado vastos y sólidos conocimientos en materias económicas y de marina de guerra. En el puesto que hoy ocupa ha demostrado condiciones de verdadero hombre de gobierno, que parecen indicar que á poco que le ayuden el Parlamento y el país, podrá realizar beneficiosas reformas. El reciente viaje del rey á Cataluña ha sido indirectamente un éxito para el señor Maura, que tuvo el buen sentido de considerar como suceso natural y lógico lo que otros presidentes del Consejo estimaban difícil y arriesgado. El atentado de que fué objeto en Barcelona proporcionó al Sr. Maura una de las manifestaciones de simpatía más grande que en nuestra capital se han tributado á un hombre público. Los hechos incalificables ocurridos á su salida de Alicante, después de haberse separado del rey, le conquistarán seguramente nuevas simpatías.

¡Prisionero!, cuadro de L. A. Tessier.—Mucho trabajo costó cogerlo, pues el hermoso gallo, viéndose perseguido, hizo proezas de agilidad que obligaron á la chiciela á echar los bofes dando saltos y carreras; pero al fin logró lo que se proponía, y sudorosa, jadeante, con el pelo desgredado, ostenta triunfalmente entre sus brazos al prisionero, que en vano forcejea por librarse de aquellas manecitas que tan bien sujeto le tienen. El cuadro de Tessier que reproduce esta escena resulta altamente simpático; no se ha propuesto el pintor emocionarse con un asunto trascendental; ha querido únicamente recrear los ojos y hasta el ánimo sin interesar al corazón ni á la cabeza. Y ha conseguido plenamente su objeto, pues contemplando su obra sentimos una impresión agradable y al mismo tiempo admiramos sus excelentes condiciones técnicas.

El trago de despedida, cuadro de H. Umbricht.—No hay en esta pintura un solo detalle que no revele la mano de un pintor peritísimo: el dibujo es de una corrección irreprochable, y aun cuando por la reproducción no podemos apreciar todas las bellezas del colorido, el hermoso grabado de Baude permite formarse idea de la suavidad de los tonos, de la armonía de colores, del arte exquisito con que están trazados los contrastes de luz y de sombra. Es, en suma, una obra que honra á su autor, y que sin ser en modo alguno efectista, halaga la vista, es decir, llena por completo uno de los fines del arte pictórico.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. — *Salón París.* — Causa de agradabilísima sorpresa ha sido para nosotros la exhibición que de algunas de sus producciones ha organizado en el Salón París el joven artista Sr. Sardá. Y así lo decimos porque, aun conociendo sus aptitudes y excelentes condiciones, no pudimos suponer que en un período relativamente breve realizara tan señalados progresos como los representados por todos y cada uno de los varios retratos pintados al óleo y los hermosos dibujos que constituyen la exposición. Unos y otros han de estimarse como estudios, pues á no dudar, el artista se ha propuesto vencer escollos y dificultades, no limitándose, por lo tanto, á la reproducción del modelo, sino á dar el valor real y efectivo á cuanto había de contribuir á avalorar la obra. En este caso hállase el notabilísimo retrato de una niña, que por sí solo honra á nuestro amigo y basta, por sí solo, para hacer concebir gratas esperanzas para lo porvenir. Cuanto á los dibujos, bien merece otro aplauso. Trazados con seguridad y sin rebuscamientos, revelan la sinceridad y el propósito que persiguiera su autor. Algunos de ellos son verdaderamente recomendables.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN PALMA DE MALLORCA  
S. M. revistando el campamento de Santa Catalina. (De fotografía de A. Merletti.)

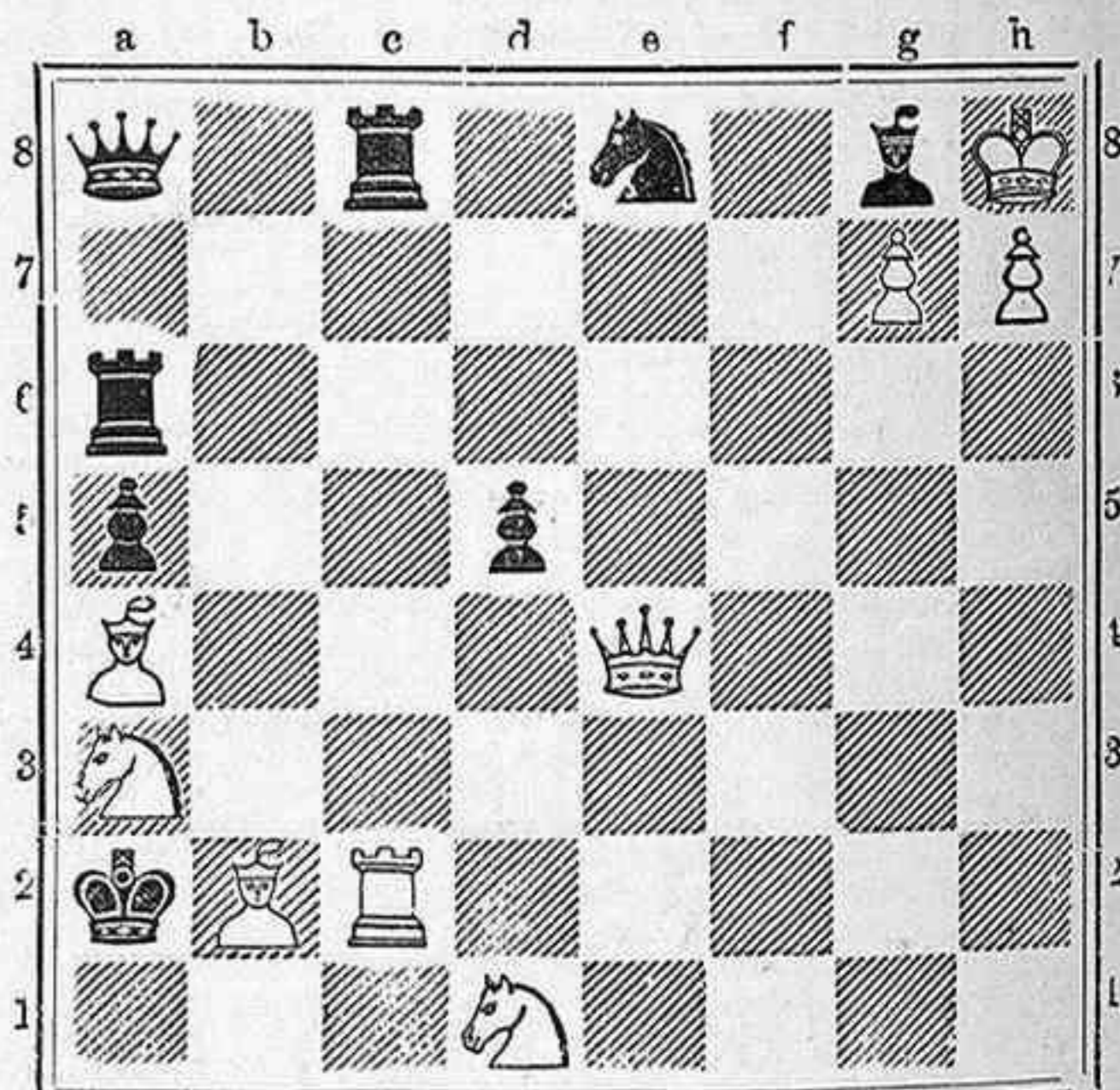
Necrología.—Han fallecido: C. W. Bunt, compositor inglés, autor de multitud de cantos populares, entre ellos de una balada que ha dado origen al vocablo *jingolsmo*, que equivale á ardiente patriotismo inglés. Sir Edwin Arnold, poeta y periodista inglés, ex director del Colegio Sánscrita de Puno (India).

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B<sup>is</sup> ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 363, POR S. LOYD.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 362, POR F. MÖLLER.

- |                   |                |
|-------------------|----------------|
| Blancas.          | Negras.        |
| 1. De1-d2         | 1. Th3-f3      |
| 2. Ad8-g5         | 2. h6xg5       |
| 3. Dd2xg5         | 3. Cualquiera. |
| 4. C, D ó T mate. |                |

VARIANTES.

- 2..... c2-c1(D); 3. Ag5-e3 jaq., etc.  
1.. Tb7-b6; 2. Ce5-d7jaq., Ac8xd7; 3. c7-c8(D)jaq., etc.  
1.. Tb7xc7; 2. Ad8xc7, etc.  
1.. Otra jug.ª; 2. Dd2xd6jaq., Rc5xd6; 3. Ce5-f7jaq., etc.

## LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

»Con aquella mujer estaba yo siempre destinado á forjarme ilusiones que no duraban un minuto y á experimentar temores que se tornaban al breve rato en la más absoluta confianza. No cabía duda en que yo me había engañado, atribuyendo á las acciones más inocentes un significado culpable. No era, pues, ella la halagadora, sino mis sentidos los que se abandonaban á un necio halago.

»Los relámpagos eran cada vez más frecuentes y parecían envolvernos por completo: el huracán, por largo tiempo suspendido sobre nuestras cabezas, se desencadenó de pronto; el horrible estampido de un trueno fué la señal de su violencia y acto continuo empezó á caer un furioso aguacero.

»La señora Albruzzi dió un grito y se estrechó llena de miedo contra mí en términos que yo percibía los latidos presurosos de su seno apoyado en mi brazo. Entonces abrí el paraguas, que era tan grande que á entrambos nos cobijaba perfectamente.

»Al instintivo grito que se le había escapado, la hermosa dama replicó con una hilaridad insensata; ella, poco antes tan tímida como una criatura, manifestó una alegría infantil por aquel turbión, por aquellos relámpagos y por aquel vendaval.

»Aquella mezcla de audacia y de miedo tenía algo de fascinador.

»A la lluvia, que iba arreciando, se agregó poco después, para hacer más desastrosa nuestra marcha, el obstáculo del barro.

»Laura fué la primera en lamentarse de ello, y del mejor modo que pudo se levantó con una mano el vestido que le arrastraba. En aquel apuro, una parte de su cabellera se le había salido de la redécilla que la sujetaba, y agitada por el viento, me daba en la cara. La sensación que experimenté era la de una molición próxima á la languidez, que me ofuscaba el pensamiento y acallaba la conciencia. Sentía que una fiebre nueva, pero no desconocida, me circulaba por las venas.

»Mi pobre Leticia estaba allí, á cincuenta pasos de mí, en los mismos apuros, luchando con la humedad, con las tinieblas, con el frío y con el lodo; pero yo no pensaba ya en ella.

»La bella dama estaba casi en mis brazos; sentía el contacto de sus formas y la imaginación me las representaba tales cuales debían ser; mi pensamiento llegaba á concebir la culpa. Tuve, sin embargo, un instante de vigor en que la conciencia tascó su freno; por todo mi cuerpo corrió un calofrío á la idea de lo que me había atrevido á imaginar, y como si el contacto de nuestros cuerpos pudiese también en contacto nuestras sensaciones, percibí el mismo calofrío en el cuerpo de Laura.

—¿Qué tiene usted?, le pregunté haciendo un esfuerzo.

—Tengo frío, me contestó sencillamente.

—Debe usted taparse la cabeza.

—Sí, pero no puedo; sólo tengo una mano libre.

—¿Quiere usted que la ayude?

—Con mucho gusto.

—Es que tampoco yo tengo más que una mano libre.

—Déme usted el paraguas y le quedarán libres las dos.

»Obedecí; ella me indicó, con gracia llena de coquetería, cuanto debía hacer, y mis manos seguían sus indicaciones; le levanté el chal que tenía apuntado en el pecho y le cubrí la cabeza con él.

—Muy bien, dijo riendo de mi torpeza; pero ahora me queda el cuello descubierto; tome usted mi pañuelo y póngamelo alrededor del cuello.

»Me daba estas órdenes con ligero acento de mando lleno de gracia; me temblaban las manos al rodear con ellas aquel cuello modelado como el de una Venus, al sentir el contacto de aquellas carnes mórvidas y frescas. Fué un pasmo dulce que prolongué sin advertirlo, pero no en verdad sin dar á conocer mi debilidad.

»Seguía lloviendo con más fuerza, y el agua rebotaba á nuestros pies con tanta violencia, que parecía una barrera viviente que retrocedía amenazadora ante nosotros. Yo estaba empapado de agua y lodo, y sentía una humedad fría que me penetraba hasta los huesos; continuos torbellinos de lluvia empujados por

el viento nos daban en las manos y en la cara, y para guarecernos de ellos necesitaba llevar el paraguas tan bajo como lo permitía mi estatura: Laura se unió más á mí y apoyó la cabeza en mi hombro, de suerte que sus mejillas casi rozaban las mías... Mi corazón no luchaba ya, y mientras mi imaginación se prostituía bajamente ante la fuerza del deseo, mi conciencia callaba.

»Llegamos, casi sin notarlo y sin dirigirnos la palabra, al horno que hay á medio camino entre Melide y Lignano. Leticia y el Sr. Albruzzi se habían refugiado en él, y nosotros entramos también.

»Yo esperaba ver, á la viva claridad de aquel sitio, en el rostro de mi compañera de viaje las huellas de la misma tormenta que acababa de pasar por mi corazón; pero observé que su mirada serena se fijaba con indiferencia en mi semblante. ¿Era la mirada de la inocencia ó de la provocación? Sintíendome el pecho abrumado bajo el peso de la culpa, esquivé aquella mirada cuyo brillo no podía resistir.

»Mi pobre Leticia, ignorante de todo, acudió á mí y me echó los brazos al cuello delante de todos. Por primera vez, sin atreverme á rechazar aquella prueba de ternura, cometí la cobardía de ruborizarme.

\* \* \*

»Aquella primera ingratitud fué para mí más amarga que el mismo peso de mi falta, porque era el primer fruto visible de ella. Mi conciencia se aterró, y el terror me comunicó una fuerza ficticia que me libró del yugo de los sentidos.

»Al ponernos de nuevo en marcha cuando cesó la lluvia, había ya recobrado el imperio sobre mí mismo en presencia de Laura, y los estímulos de su belleza me encontraron casi hostil.

—¿Advertía ella esta mudanza en mi proceder?

»Hacía ya rato que íbamos andando juntos y silenciosos; ella se había soltado un momento de mi brazo y yo no me daba prisa á ofrecérselo; miraba al cielo buscando una estrella; la calma volvía poco á poco á la naturaleza y á mi espíritu; Leticia iba delante de mí, y de vez en cuando su inocente sonrisa venía á sacarme de mi abstracción y á decirme que mi horizonte era todavía luminoso.

—¿En qué piensa usted?, me dijo Laura tocándome el codo antes de llegar á la puerta de mi casa.

—En nada.

—Pues yo sé demasiado en lo que piensa usted, añadió con melancólica suavidad.

»Leticia y el Sr. Albruzzi se reunieron con nosotros y no se pudo decir más; las dos amigas se despidieron besándose, Albruzzi me dió la mano diciendo que iba á tomar un baño caliente y Paulino Gaggini dió á todos las buenas noches.

»Nos separamos.

»Cuando me quedé solo con Leticia, sentí que su presencia me embarazaba; la lucha de mi corazón con mis sentidos no había concluido aún; la conciencia debía pronunciar la última acusación; necesitaba estar solo para recogerme, para sondear las tinieblas de mi alma, para escudriñar todos sus rincones, para conocer mis fuerzas y vigorizarlas.

»Leticia era en aquel momento un reproche viviente para mí; y aunque mi voluntad no hubiera tomado parte en aquella momentánea relajación de las fibras, comprendía sin embargo que me bastaba haber pensado en delinquir para no ser ya digno de besar el rostro inocente de mi compañera y que tenía que recurrir al disimulo para contestar con la sonrisa á su sonrisa.

»Hubiera querido huir de su vista para no volver á presentarme ante ella sino purificado por la conciencia de mis fuerzas y por el arrepentimiento.

»Obligado á recibir sus caricias y á corresponder á ellas, sin haber acallado de antemano aquella voz que me vituperaba secretamente, fui brusco de palabras y de modales, cosa que jamás me había sucedido hasta aquel día.

—¿Qué tienes?, me preguntó mi esposa muchas veces.

—Nada.

»Ella insistió.

—¿Te sientes mal?

»Y animó sus facciones y su acento un temor tan compasivo, que cualquiera se habría conmovido. Pero yo no.

—No tengo nada, contesté contrariado por aquella insistencia.

»Y volví las espaldas por no revelar mi turbación. —¿Luciano mío!, exclamó Leticia melancólicamente. ¡Luciano mío!

»Era un lamento, que me llegó al corazón como un reproche. Me volví, me acerqué á ella, la estreché contra mi pecho palpitante, le pedí por piedad que me perdonase, que me dijese que me amaba.

»Me obedeció como una niña.

—Pero ¿qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

—¿Qué tengo? Pensamientos tristes, desalientos invencibles; tengo miedo por nuestra felicidad. ¿No echas de ver cuán celoso de nuestro amor se muestra el mundo?, ¿cómo todos se conjuran para dividirnos, para separarnos? ¿Cómo hemos pasado hoy el aniversario de nuestro casamiento? Este día, que debía serlo de fiesta para nosotros, no ha sido más que un día de insípida alegría; á nuestra mesa se han sentado dos extraños, casi dos desconocidos, que se han interpuesto entre nosotros; no nos han dejado un momento para dedicarnoslo completamente; todo lo han violado, todo lo han profanado; su falsa amistad nos ha obligado á mostrarnos reservados, ha oscurecido la transparencia de nuestro amor.

»Aquel ángel me dejó hablar, y me contestó con un beso.

—¿Era todo eso lo que tenías conmigo? ¿Era todo eso lo que me ocultabas? ¿Nada más?.. Pues bien: has de saber que tu pequeña Leticia ha estado pensando siempre en ti; ¿te atreverías á dudarlo?

—¡Te creo, te creo!

—Pues entonces, pídemelo perdón, porque has ofendido mucho á tu mujercita.

»Me dormí más consolado, casi en paz conmigo mismo; pero durante el sueño la imagen lisonjera de Laura volvió á aparecérseme, y el delito me sonrió en los ojos de la sirena.

»Despertéme conturbado; era el alba, me volví y vi á Leticia que se había despertado antes que yo y me miraba con ojos enamorados... ¡Ah! ¡Todavía tenía yo un ángel que velaba á la cabecera de mi lecho!

XX

Empieza la tortura

»Aquella mañana me separé de Leticia sin pesadumbre, en apariencia para ir á mis acostumbradas ocupaciones, en realidad para encontrarme solo, frente á frente de mi ángel malo, donde nadie pudiera turbar mis afanosos pensamientos y la conciencia pudiese hablarme en alta voz con su inexorable lenguaje.

»Yo no dudaba de mi corazón, tan lleno del amor de Leticia que no podía dar cabida á otro amor; pero recelaba de mis sentidos.

»Reproducíase en mi mente la voluptuosa fiebre del día anterior, y me hacía latir las sienas y estremecerme de espanto. Aquí estaba el peligro, aquí debía estar la lucha: mi pasado no estaba borrado enteramente en la historia de mi vida; aquel enemigo formidable con el que había combatido cuerpo á cuerpo lacerando las fibras juveniles, no estaba vencido del todo, y ahora surgía ante mí amenazador como un espectro pidiéndome un desquite. Mi naturaleza, sojuzgada por mi voluntad, se rebelaba otra vez; los años no habían sabido convertirla de esclava en amiga; eran todavía las mismas carnes, la misma sangre, los mismos nervios,—eran todavía los mismos enemigos.

»¿Qué había sacado de todo el sufrimiento soporoso para domar mis fibras, si la primera provocación del delito las agitaba tumultuosamente? ¿Y estaba yo seguro de ser provocado? ¿Tenía la certeza de que aquella creencia no ocultaba un engaño de los sentidos? ¡Oh sí!, mi conciencia se sublevaba altivamente ante esta acusación; yo había visto cien mujeres más hermosas que Laura, y su belleza no había podido dar en tierra con mi indiferencia, y pude pasar junto

á la pompa de sus atractivos sin deseo y sin admiración. ¿Podía algo el mundo sobre mí? ¿Habría yo ido á mendigar su moneda falsa cuando guardaba en mi casa un tesoro? ¿Habría envidiado los mentidos halagos de los hombres, si poseía una felicidad tan verdadera que bastaba para que ellos me perdonaran? No, mi corazón no era cómplice de mis sentidos; únicamente la coquetería de aquella mujer fatal había interrumpido su sueño indiferente.

»Pero ¿aquella mujer me amaba? Un sentimiento secreto ó quizás una secreta debilidad, me hacía desear instintivamente esta idea. A aquella pregunta contestaba interrogando el amor de mi Leticia; entonces sentía una dulzura inefable en el corazón, y como si una suave frescura orease mi frente.

»La comparación de aquellos dos afectos tan semejantes me llevaba naturalmente á establecer la de aquellas dos almas tan semejantes también; pero llegaba un momento en que ya no veía más que dos mujeres, y poco á poco pasaba á pensar mío á comparar su belleza corporal.

»Cuando yo advertía aquel olvido de mí mismo, me arrancaba de él con ímpetu; pero las ilusiones acariciadas me seguían como sirenas lascivas.

»Empecé á asustarme de mí mismo, á considerarme más débil de lo que era en realidad, á suponerme entregado por completo al albedrío de aquella mujer. Los anhelos, los afanes, las invocaciones, los juramentos hechos al cielo, no eran sino pruebas cada vez más patentes de mi debilidad, y motivo de nuevos desalientos y de nueva desconfianza.

»La idea de la lucha que se preparaba á mi alma abatía mi espíritu; no era ya la escaramuza enojosa trabada en mi juventud contra los primeros conatos de la falta, no era aquella sucesión de desconfianzas y entusiasmos, de caídas y de propósitos renovados diariamente con horrible tortura de la que debía salir, cual trofeo final de la victoria, un alma desdeñosa y un cuerpo sojuzgado; era una batalla tremenda que tenía por objeto el honor, la paz, el aprecio de mí mismo; era una lucha de la que yo debía resultar vencedor ó vencido en el primer encuentro, en la que un revés me habría arrojado en brazos de la vergüenza; era una lucha de la cual me era forzoso salir sin mancilla, no ya en el cuerpo, sino en el alma, porque la sola flaqueza de la imaginación y del pensamiento era á mis ojos una prostitución. Yo no debía solamente conservarme ileso para cumplir mis deberes, sino sobre todo para mi conciencia, para mi propia estimación: sin ella mi paz, la paz de mi hogar, quedaba destruída.

»Pero ¿podía? ¿Tenía bastante fuerza para ello? Sí, la tenía.

»Abandonado á mí mismo, en íntimo recogimiento y alentado por el amor de mi Leticia, aún podía reconstruir mi porvenir y sofocar la naciente tempestad de los sentidos bajo un cúmulo de felicidad y de amor.

\* \* \*

»Cuando volví al lado de Leticia, tenía tomada mi resolución; yo no habría vacilado un momento más en remover del umbral de mi casa el obstáculo que turbaba nuestra intimidad; pero en vez de reunir todo mi valor y todas mis fuerzas para entrar temerariamente en la liza, determiné rehuir la lucha y recogerme enteramente en mi nido como quien se agacha para dejar pasar un conflicto.

»Leticia salió á recibirme festiva; había pasado el día con Laura y estaba de muy buen humor; le parecía que yo estaba triste, me preguntaba si había pensado en ella, si la había querido durante mi ausencia; y yo le contestaba disgustado pensando con despecho en aquella mujer que la había halagado mientras amenazaba herirla en el corazón.

»La ceguera de Leticia era indicio de su franca confianza, y sin embargo esta franqueza me lastimaba el corazón como si tuviese parte en mi engaño.

—»¿La señora Albruzzi ha venido?, le pregunté bruscamente.

»Por el tono de mi pregunta comprendió que estaba disgustado, y no me contestó.

—»Está bien, proseguí, está bien; esa mujer ha echado raíces en mi casa; esa mujer ha metido las manos en mi tesoro y se ha quedado con la mitad; en lo sucesivo ya no imperaré yo solo en tu corazón.

»Leticia me escuchaba sin replicar, mirándome con ojos suplicantes. Pero mi enojo, acallando la voz de la conciencia, me parecía tan generoso y tan noble, que no supe refrenarlo.

—»Lo ves, lo sabes; no me gusta esa mujer; me es insoportable. Créeme; á nuestra tranquilidad y á nuestro amor les interesa mucho que seamos solos á amarnos. Recobra poco á poco de ella cuanto te ha tomado para devolvérmelo á mí, que quiero ser exclusivo en tu cariño.

»Estaba hablándole así con acento más cariñoso, cuando se abrió de pronto una puerta y apareció Laura en persona.

»La hermosa dama pareció notar el embarazo que me causaba su inoportuna confianza, y nos pidió perdón con un gracioso mohín.

—»¿He interrumpido un coloquio íntimo?, preguntó á Leticia.

»La pobrecilla me miró á hurtadillas y procuró responder sonriendo con su acostumbrada bondad; yo guardé obstinado silencio.

»La señora Albruzzi me miró y se encogió de hombros, guiñando los ojos á Leticia; pero ésta fingió no advertirlo y permaneció impasible.

—»¿Pero aún no has empezado á arreglarte? ¿No te has peinado todavía?

»Leticia se puso colorada.

—»Por esta vez me has de perdonar: no me encuentro bien.

—»¿Perdonarte? ¡Ni por pienso! Has de venir: ¿no es verdad, Luciano, que debe venir?

—»No sé de qué se trata.

—»No he tenido tiempo de decírtelo, dijo Leticia; casi se me había olvidado. Laura da esta noche una velada sin pretensiones y ha venido á convidarme; le he dicho que te hablaría de ello y...

—»Y Luciano es tan amable que no querrá privarme de ese gusto. Es la última velada de este año; dentro de dos días nos iremos al campo... ¿Verdad que la dejará usted venir?

»Y al decir esto, Laura se acercó á mí y me puso familiar y cariñosamente las manos sobre los hombros.

—»Nunca he pensado en oponerme, dije; pero si Leticia no se encuentra bien...

—»Se le pasará..., ya se le ha pasado..., ¿no es verdad, Leticia?

—»Sí, creo que se me pasará.

»La señora Albruzzi palmoteó de contento y llamó aparte á mi esposa para hablarla del traje.

—»Ha de ser una velada íntima, sin ceremonias; por eso no te has de vestir con lujo.

»Cuando quedamos solos, Leticia me abrazó, temerosa de haberme disgustado, y me miró con ojos melancólicamente amorosos; yo me conmoví y la estreché entre mis brazos sin decir una palabra.

—»No tengo yo la culpa, créelo; ha sido ella la que ha venido á rogarme; no he sabido negarme; pero tampoco le he dicho que sí; y aún estoy á tiempo si tú quieres..., me pondré mala y le enviaré á decir que me disculpe.

»E insistía con candorosa franqueza, con vivo deseo de hacer lo que yo quisiera...

—»Tontuela, contesté; ya está hecho y no hay remedio; hace tiempo que tengo ganada la fama de adusto y no es necesario añadir esta nueva confirmación..., iremos á la velada de casa de Albruzzi.

\* \* \*

»Aquella noche se había reunido mucha gente en casa de Albruzzi; las señoras lucían ricos trajes; los mozalbetes andaban prodigando cumplidos y frases galantes, el Sr. Albruzzi se multiplicaba para atender á todos, y la bella Laura hacía ostentación de toda la pompa de sus encantos y de sus coqueterías.

»Mi Leticia iba vestida con la mayor sencillez; un vestido de muselina blanca con cola y una flor azul en la cabeza, y nada más; su buena amiga la había engañado; pero no por esto estaba Leticia menos linda.

»Apenas pusimos el pie en el salón, nos separó Albruzzi, que acudió á dar el brazo á mi mujer. Me acerqué á Laura; ¡con qué sonrisa me recibió! ¡Qué incitante era su mirada!

—»¡Cuánto gusto tengo en verle, querido Luciano!

»Y me pareció tan sincera, que sentí quebrantarse mis propósitos. Reuní, sin embargo, toda mi entereza para no venderme, quise parecer frío y sólo supe mostrarme desdeñoso.

»Laura fingió no advertirlo y me dejó para ir á saludar á Leticia; yo me retiré á un lado.

»Entretanto iba reinando alegre bullicio en las salas.

»Busqué con los ojos á Leticia y la vi sentada en un diván rodeada de media docena de petimetres que la hacían reír; ¿por qué no se rompió mi corazón en aquel momento? Al lado de mi mujer estaba Laura, con el relámpago de la felicidad en la mirada. ¡Qué triste me parecía su felicidad! Salí de la sala turbado.

»Al poco rato vino á buscarme Laura: empezaban los bailes.

—»Bailará usted conmigo, me dijo pasando su brazo desnudo por el mío.

—»Perdone usted, no bailo nunca...

—»Hará usted una excepción por mí.

—»Lo siento mucho...

—»Entonces pasaremos.

»Y sin darme tiempo para decir más, me llevó consigo.

»Estaba bellísima con su traje, que dejaba descubiertos los hombros y el seno, capaces por su blancura de deslumbrar los sentidos, y con su collar de perlas negras que resaltaban en la torneada garganta.

—»¿Ha visto usted á su mujer?

»Como no dijo á mi pequeña Leticia la miré fijamente para adivinar en su rostro el objeto de aquella pregunta; pero sostuvo impasible mi mirada.

—»¿No ha reparado usted en ello? Pues es la reina de mi fiesta; una reinicita muy adorada...

»A pesar de los esfuerzos que hizo por disimular, iba envuelto cierto despecho en estas últimas palabras.

—»¿De veras?, pregunté sintiéndome más fuerte ante su debilidad.

—»Como lo digo: allí la tiene usted; mire al Sr. D... como le va alrededor. Ese Sr. D... hace la corte á todas las mujeres.

—»También se la habrá hecho á usted.

»Ruborizóse ligeramente y en seguida prorrumpió en una carcajada.

—»Es verdad..., á mí también... ¡Ja, ja! ¿Tiene usted celos?

—»¿De quién?

—»Del Sr. D...

»Aquella pregunta me desconcertó: no podía dar crédito á tanta desfachatez.

—»¿Por qué debería tener celos?, le pregunté.

—»Porque hace la corte á su mujer de usted.

»La miré de reojo; su mirada de sirena encadenó la mía.

»Laura tuvo la bondad y el acierto de separarse poco después de mí para hacerme menos penoso el ridículo de mi silencio.

»Me pareció que se me quitaba del corazón un peso abrumador cuando se soltó de mi brazo; llena la mente de mil pavorosos fantasmas, me retiré al hueco de una ventana y me apoyé en el antepecho. Los postigos estaban entornados, y la brisa nocturna vino á refrescar mi frente abrasada por la fiebre de un pensamiento culpable.

»Pasé abstraído gran tiempo en la misma postura; los ecos de la danza llegaban á mi oído como si procedieran de lejos, y al través de las cortinas que me ocultaban, las parejas risueñas de bailarines pasaban ante mis ojos como en un sueño.

»De pronto un cuerpo opaco interceptó mis miradas; el baile había cesado; un grupo de jóvenes formaba corro delante de la ventana donde me encontraba. En aquel grupo se pronunció mi nombre; me acerqué y me puse á escuchar.

—»Tiene suerte en verdad ese Sr. Castelli: una mujer que parece una ninfa y una enamorada que semeja una diosa del Olimpo, decía uno.

—»¿Acaso crees que la señora Albruzzi está enamorada de él?, preguntaba otro.

—»¡Vaya si lo creo! Esa pobre mujer lleva escrito su mal en la frente. ¿No has visto cómo iba siempre á su lado?

—»Artificios de coqueta: lo mismo hace con todos.

—»Podrá ser, pero yo sé lo que me digo.

»De aquel cínico lenguaje no salía una voz para vituperarme, para unirse á mi remordimiento, para darme fuerzas; aquellos hombres fatuos y viciosos sólo sabían envidiarme; no comprendían ni veían otra cosa sino el cebo ofrecido á la brutal lascivia de mis sentidos, no podían suponer que yo sufriera.

»Los latidos de mi corazón parecían martillazos; hubiera deseado estar lejos para no oír aquella conversación, huir sin ser visto para abstraerme á aquella vergüenza. Pero mi flaqueza fué mayor que mi remordimiento, y me adosé á la pared temiendo que me descubriesen.

—»¿Y él?, preguntó un tercero.

—»El hará lo que haría usted y yo si una mujer hermosa se enamorase de nosotros; la corresponderá ó fingirá corresponderla.

—»Entretanto, proseguía el otro, no falta quien se prepara á consolar á su mujer.

—»¿Quién?

—»El Sr. D...

—»Querrá perder el tiempo; esa señora es una virtud probada.

—»También la señora Albruzzi es una virtud probada; todas las mujeres lo son mientras no han probado nada. Donde empieza la Mesalina acaba la Lucrecia.

—»¡Gran mujer!, exclamó el primero que había hablado.

—»¿Quién? ¿Mesalina?

—»No, Lucrecia, la señora Castelli.

—»A mí me gusta más la señora Albruzzi; esa es toda una belleza clásica; hay algo de matrona y de sirena en ella: ¡qué formas!, ¡qué apostura!, ¡qué mirada!

—»No me habléis de matronas; yo prefiero las cositas delicadas, que parece que se han de deshacer en las manos y sin embargo están llenas de vida y os prodigan sus caricias de fuego como pequeñas tigres.

—»¿Qué grito exhaló mi conciencia! ¡Cuán empequeñecido me sentía al ver reproducida ante mí la imagen brutal de mi delirio, teniendo que presenciar semejante profanación de mis afectos y hacerme cómplice de ella con la debilidad aconsejada por la vergüenza!

—»Hubiera querido salir de mi escondite y confundir con una mirada desdeñosa á los sacrilegos; pero ¿caso podía? ¿Podía mi conciencia consentir la librea de la dignidad ofendida en quien se envolvía en las ropas de la culpa? Entonces comprendí que la impureza de mi pensamiento había profanado ya el altar de mi casa y despojádome del sacerdocio.

—»Escuché y callé; pude escuchar y callar; la vergüenza me tenía clavado en mi puesto.

—»Cuando volvieron á resonar los instrumentos, aquellos jóvenes que tanto daño me habían causado sin saberlo se alejaron. Recobré las fuerzas de repente y salí de mi escondite, agitado, convulso; fui en busca de Leticia, y sin decirle una palabra, le hice una seña; me miró, comprendió por la expresión de mi rostro que me encontraba allí violento y se acercó á mí alarmada.

—»Vámonos, le dije con voz apagada, vámonos.

—»No replicó; se despidió de Laura, volvió con su abrigo á reunirse conmigo y nos marchamos, llamando la atención de la concurrencia estupefacta.

—»Y mi conciencia, irguiéndose otra vez sobre las ruinas de mi corazón, me gritaba: «Agracece á esos hombres el mal que te han hecho; porque sin saberlo te han hecho mucho bien.»

—»Leticia no se atrevió á preguntarme el motivo de tan brusca partida; pero su silencio no hacía menos necesario ó menos penoso mi deber. Era inevitable una explicación; pero ¿debía yo darla completa, sincera? Sí, debía, y no lo hice, no pude hacerlo; me faltó ánimo.

—»¿Quién es ese Sr. D... que andaba siempre á tu alrededor?, le pregunté con brusquedad.

—»Me miró y se sonrió para desarmarme; mi cólera había cedido, pero mi hipocresía se mantuvo firme.

—»Tú lo has dicho, me contestó; es el Sr. D...

—»¿Y qué te decía?

—»Las tonterías de costumbre.

—»Había tanto candor en su actitud y en sus palabras y tan ingenua sorpresa en sus miradas, que me conmoví, y me separé de ella para ocultar mi vergüenza. Pero me siguió cariñosa; creía que estaba celoso y derramaba lágrimas de ternura. Yo callaba: la muda desesperación se había enseñoreado por completo de mi corazón, arrojando de él hasta el remordimiento.

\* \*

—»A la mañana siguiente recibimos una carta de Pavia dándonos una mala noticia: la mamá Ersilia estaba gravemente enferma. Al saberlo, Leticia perdió el color y me miró con ojos extraviados.

—»Comprendí lo que quería significarme.

—»Irás, si quieres, le dije.

—»¿Por qué no dices iremos?

—»Ya sabes que mis ocupaciones...

—»Al menos por unos días.

—»Pues bien, sí, iremos.

—»Esta promesa, que se me escapó casi á pesar mío, tenía sus inconvenientes á causa de los trabajos que debía suspender de pronto, pero iba acompañada de un grande, de un inestimable consuelo.

—»Contemplé la soledad amenazadora de mi corazón, y me asusté. Tomé resueltamente mi determinación; mi puesto estaba al lado de la compañera de mi vida.

—»Partimos aquel mismo día.

—»Llena de regocijo al vernos, la mamá Ersilia, que estaba bastante mal, pareció mejorar un tanto; á los dos días de nuestra llegada se había animado mucho y una semana después le desapareció la calentura. Su restablecimiento parecía ya seguro. Comprendiendo que mi ausencia de Lugnano no podía prolongarse más sin graves perjuicios, se lo dije á Leticia, la cual dándome un beso y levantando los ojos al cielo me contestó:

—»Vete, yo me quedo; este sacrificio es necesario.

—»La angustia me quitaba el habla: un no sé qué de profundamente triste habló á mi corazón en aquellas sencillas palabras; le dí un adiós prolongado, supremo, desesperado... y partí.

—»Apenas me encontré solo entre las paredes de ciertas de mi morada, mi corazón volvió á su suplicio, mi mente encontró la insidia de su afanoso pensamiento. Era una inexplicable sensación de miedo y de angustia, un terror misterioso, un tormento sin nombre; mi soledad me asustaba; veía surgir en ella más amenazadores, más gigantescos, los fantasmas del delito; me consideraba como un guerrero que hubiese perdido el escudo y la coraza; mi única defensa era ya el valor, y de este solo trozo de arma dependía mi salvación.

—»Una idea á la que me era imposible resistir, una idea importuna, halagüeña como caricia de mujer amada, atrayente como un abismo, acudía sin tregua á mi mente; Laura, la hermosa Laura, la descada por cien corazones, me amaba. No era yo, no era mi necia vanidad quien lo decía, sino la gente; ante aquel afecto había caído la máscara de la coquetería de la mujer; no cabía ya duda: me amaba.

—»¿Comprende usted todo lo terrible que se encierra en esta palabra que me abrasa los labios? ¿Puede usted imaginarse el suave deliquio del deseo, el ansia de la expectación, el estremecimiento del pavor y de la vergüenza, el agudo acicate de la conciencia, toda esa rabiosa lucha de sensaciones y sentimientos que debía estallar en torno á mi pobre vida?

—»La vista de mi casa me hacía daño; salí, pasé todo el día vagando por las campiñas vecinas y trepando á las cumbres de los collados para huir de los hombres.

—»Era la hora del ocaso, y yo, solo sobre una cima, veía el lago, la ciudad, el campo, las colinas circunstantes, el sol que se ocultaba detrás de las montañas; y todo esto mudo, indiferente, tranquilo, no decía una palabra á mi dolor.

—»Unos ladridos repentinos interrumpieron el curso de mis ideas; experimenté como una sacudida, volvíme y vi á pocos pasos al Sr. Albruzzi, precedido de su podenco que se había detenido ladrándome y meneando la cola.

—»Apenas me vió el Sr. Albruzzi, se echó al hombro su escopeta de retrocarga, y corrió á mí con su acostumbrada amabilidad.

—»¿Lléveme el diablo si me figuraba encontrarle á usted aquí, siguiendo los pasos de Fido; casi casi había creído tropezar con una fiera..., ¡ja, ja! ¿Y qué buen viento le trae á usted por acá? ¿Tiene usted alguna ocupación por esta parte?

—»Como ve usted, estaba contemplando el panorama de la ciudad. ¿Y qué tal la caza?

—»No me hable usted: si he querido disparar un tiro, he tenido que habérmelas con una golondrina que, á Dios gracias, no ha pasado más que el susto. ¡Cuánto me alegro de haber encontrado á usted! Lo menos hace una semana que no nos veíamos: ¿ha estado usted ausente?

—»Sí, he tenido que ir á Pavia, donde he dejado á mi mujer y he debido volver por exigirlo mis quehaceres.

—»¿Conque está usted viudo, es decir, soltero, libre? Pues aquí donde usted me ve, me hallo en la misma condición que usted; mi mujer se ha quedado en la quinta y yo voy á dormir á Lugnano... Haremos el camino juntos. ¡Qué fortuna! A mí me gusta verme libre de vez en cuando..., digo digo yo... de los fastidios del matrimonio; yo soy así, las justas bodas no han podido cambiarme; ante todo y sobre todo suelto..., ¡ja, ja!

—»Dicho esto, se cogió de mi brazo y me llevó hacia Lugnano. Le seguí de mal grado. Por el camino me manifestó el oculto y gran designio que le inducía á posponer las delicias de su quinta (que todavía no era suya, pero que deseaba adquirir á todo trance) á las moféticas emanaciones de la ciudad; se trataba de celebrar el santo de la señora Albruzzi y de un enorme ramo que aguardaba de Génova.

—»¿De Génova! ¿No está un poco lejos? Las flores no podrán estar muy frescas.

—»¿Qué quiere usted? Tal es la costumbre: el ramo, viniendo de Génova, parecerá más fresco que si acabaran de hacerlo en un jardín de Lugnano. La moda, digo yo, tiraniza también á las flores. Como usted ve, esta misión galante me ha proporcionado la ocasión de encontrarle aquí; conviene que uno se muestre complaciente con su propia mujer á lo menos una vez al año. ¡Já, já! Ya, ya sé que hablo con la Penélope del sexo masculino; por este concepto estamos usted y yo en los antípodas; á mí me gusta vivir independiente...

—»Y suelto, sobre todo suelto...

—»¡Bravo! Veo que está usted de buen humor, al momento lo he conocido; pero oiga usted, se me ocurre un proyecto: ¿me promete usted aceptarlo?

—»Dígame antes cuál es.

—»Venga usted á celebrar con nosotros el santo de mi mujer; nos divertiremos juntos; saldremos de

Lugnano mañana por la tarde, pasará usted la noche del sábado y todo el domingo en mi quinta..., y digo mía porque me he jurado á mí mismo que ha de ser mía..., y se marchará usted el lunes por la mañana.

—»En esto llegamos á Lugnano y faltaban pocos pasos para estar en mi casa; la charla de aquel hombre no me había hecho salir enteramente de mi preocupación, é iba pensando en Laura, en Leticia, en mi porvenir.

—»¿Conque acepta usted?

—»¡Ah! Sí..., es decir..., mañana hablaremos; no lo dude usted, mañana nos ocuparemos de ello.

## XXI

La quinta Albruzzi

—»Estuve pensando en ello casi toda la noche; volver á ver á Laura mientras duraba la batalla de mi corazón, era ponerme de nuevo en un trance que podía serme fatal. Convenía encontrar un pretexto y no aceptar la invitación.

—»Me levanté de la cama muy temprano y abrí la ventana que daba á la casa del Sr. Albruzzi; y precisamente en la ventana que había enfrente de la mía estaba mi jovial vecino, puesto de bata y con los codos apoyados en el antepecho. Su eterna sonrisa le iluminaba el rostro; ¿qué serenos horizontes tenía la vida de aquel hombre?

—»Buenos días.

—»Buenos días.

—»Conque ¿lo ha pensado usted ya?

—»Verdaderamente... no; pero temo que no haremos nada.

—»¡Diantre, diantre! Mi mujer lo sentirá mucho.

—»¡Su mujer de usted!

—»Justamente: cómo que me había dicho que le sabía muy mal que pasáramos su santo solos como dos gatos; me encargó que los convidara á ustedes..., á Leticia y á usted..., quería celebrar esa fiesta con los amigos, pasar un día como el del aniversario del casamiento de usted, dejando aparte los relámpagos y la lluvia, ¿se acuerda usted?

—»¡Qué recuerdo! Acudieron á mi memoria las gálanterías de que Leticia había sido objeto aquel día, el ramo de flores, el medallón, y no pude encontrar palabras para insistir en la negativa; por todo lo cual acepté.

—»Fuí á casa de un joyero para comprar alguna pequeña alhaja que regalar á Laura; era una necesidad, una especie de deuda que estaba en el caso de pagar, y sin embargo me estremecía la idea de que se me pudiese atribuir otra intención.

—»El medio de que me valí para hacer bien patente mi propósito fué vulgar en demasía, y no debía dar una idea muy favorable de mi inventiva; pero no era esto lo que me importaba. Escogí un medallón muy parecido al que el Sr. Albruzzi había regalado á mi mujer y un ramo de flores.

—»La imitación, que debía ser prueba de indiferencia, hacía más ostensible mi debilidad; y la sonrisa con que la bella dama recibió mi presente, no me dejó la menor duda acerca de ello. ¿Me había vendido yo mismo? Esta duda aumentaba mi afán; sin embargo, supe disimular mi turbación en presencia de Laura, la cual me acogió con alegría y me agasajó como se agasaja á un amigo.

—»Era el mediodía de un caluroso día de agosto y el sol nos lanzaba sus rayos de fuego; á aquella hora y en aquel sitio todo estaba en silencio; los pájaros, escondidos en la frondosidad de los árboles, callaban; la naturaleza parecía deslumbrada por aquel piélago de luz.

—»Por una prolongada calle de abetos pasamos á la casita pequeña, pero alegre con sus persianas verdes, floridos arriates que se extendían delante de ella, y con el sol cuyos rayos se quebraban en las vidrieras.

—»Laura nos había visto llegar y salió á recibirnos hasta el principio de la alameda, donde nos habíamos apeado del carruaje; el calor y el polvo nos habían sofocado, por lo cual, al entrar en la sala, Albruzzi se dejó caer con todo su peso en un sillón, y estimulado por el ejemplo, le imité riendo. Laura no dijo una palabra y se retiró: al cabo de un cuarto de hora volvió y nos dijo en tono de broma:

—»Las habitaciones de los señores están preparadas; Luciano, haga usted el favor de darme el brazo y le acompañaré á las suyas.

—»Subimos unos cuantos escalones y pasamos á una sala espaciosa: Laura me señaló una puerta y me dijo:

—»Aquí se encuentra usted en su casa en todas partes; pero esas son las habitaciones destinadas para usted; necesitará usted descansar; son las dos y no comemos hasta las cinco; la campana le avisará.

—»No sé lo que contesté, y entré en mis habitaciones.

(Continuará)

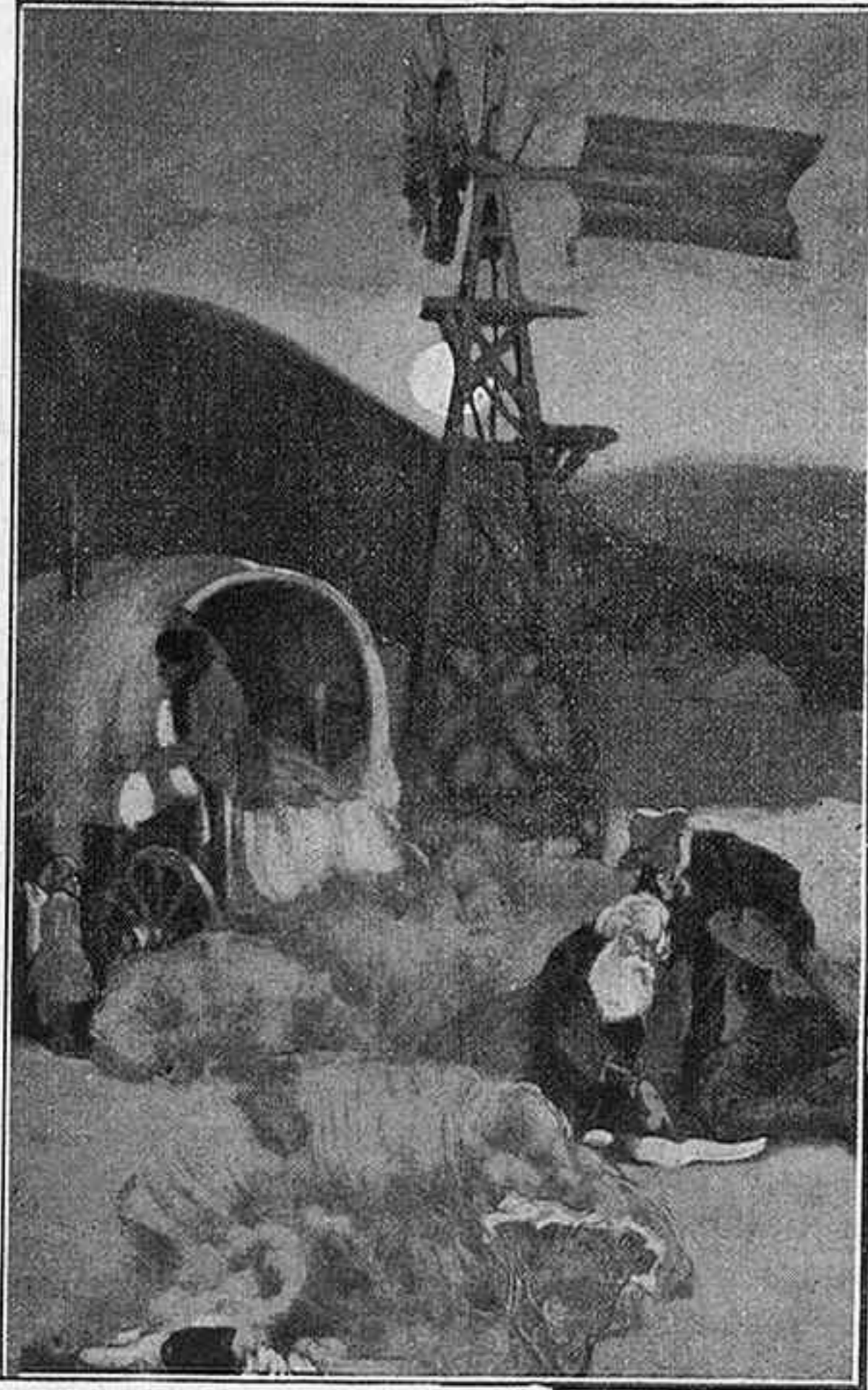
## En las reservas indias, por R. S.

Hace mucho tiempo, cuando la corriente de la inmigración comenzó a invadir, en tortuoso curso, las tierras del extremo Oeste de los Estados Unidos, el codicioso anglo-sajón tuvo á bien señalar ciertos lugares donde pudieran morar en paz, durante el curso de los siglos, los primitivos poseedores de aquellas tierras. Eligió, en el inmenso desierto, determinados valles y montañas; limitóles en forma cuadrangular, colocó soldados que no permitieran traspasar esos límites, y en esas extensas reservas, que así se llamaron esas porciones del país, vivieron los indios.

«Nos quitaron nuestras tierras y en cambio nos dieron camisas, decían los indios Bannock.»

Diéronles camisas y ganados y libros para que leyeran aquellos niños semisalvajes. Vagaban, pues, los indios por aquellas tierras de millones de acres de extensión, comían y en su mayoría estaban contentos. Pero el destino de los anglo-sajones es ir siempre adelante sin detenerse, propagando la civiliza-

Extendióse el rumor de que en las montañas había minas de oro y cobre. ¿Para qué querían minas los indios?, se dijo el anglo-sajón con su inflexible lógica; ellos no necesitan el oro ni el cobre, ellos no gustan de trabajar, luego esas tierras deben ser nuestras, y en el acto comenzaron á dirigir peticiones á Washington. Los representantes del pueblo opinaban que no debían detenerse las ruedas del carro del progreso, que á los indios se les había dado tiempo para que cultivaran las tierras y no lo habían hecho, y que por lo tanto debían ser arrojados de ellas. Y continuaron las peticiones para que se repartieran y siguieron los indios impasibles, sin preocuparse del mañana, hasta que llegó el día en que se les presentaron los comisionados del gobierno proponiéndoles la venta de su territorio. Negáronse al principio; pero tanto insistieron los comisionados, que al fin se cerró el trato el 5 de febrero de 1898, firmándole, con una cruz toscamente trazada, 244 guerreros de las tribus.



Colonos acampados en las afueras de Pocatello

ción, cultivando las tierras, abriendo caminos, fundando ciudades; por esto se extendieron como una inundación por todo el Oeste, y las reservas semejaban islas estériles en medio del mar del progreso.

Vieron los anglo-sajones aquellos terrenos no cultivados y afligiéronse de tal estado de cosas. ¡Cuánto mejor no sería que aquellas extensas llanuras de los indios se dividiesen en parcelas y se

convirtiesen en verdes campos de alfalfa y trigo! ¿Y las montañas? ¿Qué tesoros de oro, plata y cobre no estarían tal vez ocultos en sus entrañas?

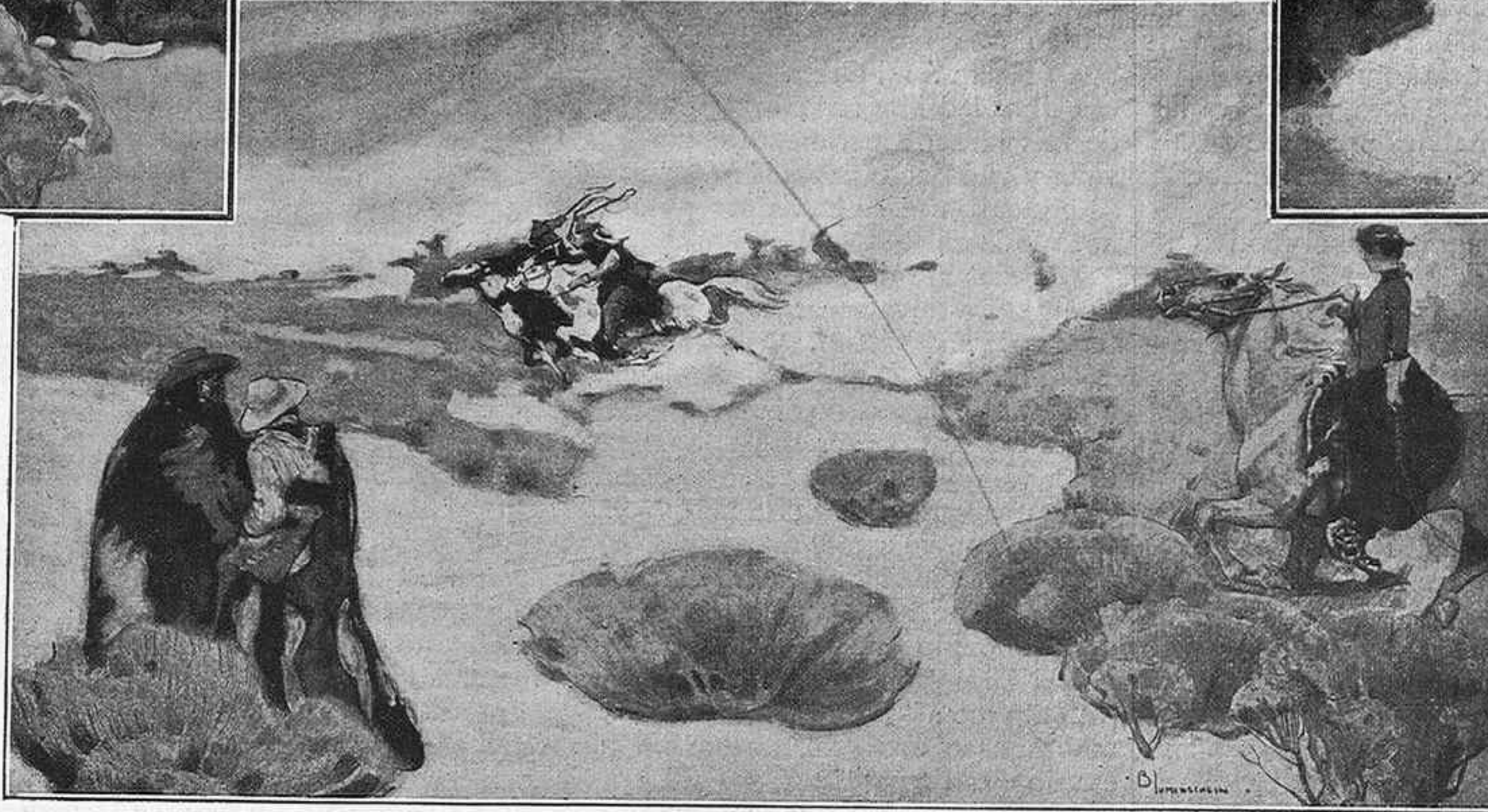
Sucedió lo que tenía que suceder. Hace años que los anglo-sajones comenzaron á traspasar los límites que ellos mismos habían fijado y á apoderarse de las tierras de los indios. Diéronles dinero; pero el indio estaba cien veces mejor sin él; diéronles ropas que fueron nuevos manantiales de rápidas y mortales dolencias, y alimentos, que el indio devoró volviendo á quedar hambriento. Con aparente honradez diéronles cuanto tenían que darles; el indio voluntariamente aceptó un contrato en que salía perdiendo, y el anglo-sajón, como siempre, adquirió terrenos y más terrenos.

Así es que la invasión de las reservas de los indios, consecuencia de la devoradora civilización de la raza blanca, ha sido un episodio frecuente y dramático del progreso del Oeste. Apenas transcurre un año sin que pierdan los indios algo de sus dominios; reserva tras reserva, en todo ó en parte, se han ido abriendo á la colonización y continúan abriéndose hoy día. Todo el territorio de Oklahoma, que pronto será un Estado, ha sido de ese modo arrebatado á los indios.

Hace treinta y cinco años, las tribus guerreras de los Shoshones y de los Bannock hicieron un tratado solemne con el Abuelo Blanco del Este, como llaman los indios al presidente de los Estados Unidos, en virtud del cual un territorio despoblado, en el extremo Sudeste de Idaho, debía servir de morada á aquellos indios y sus descendientes para siempre. Era casi un cuadrado de 40 millas de lado y recibió el nombre de Reserva india de Fort Hall. Aquellas dos tribus se conformaron con abandonar todos sus territorios, situados en la vertiente occidental de las montañas Rocosas, de 800 millas de extensión, y se resignaron á vivir en aquella reserva. Cuando intencionalmente ó por error cruzaban sus límites trazados sobre el papel, los soldados les obligaban á retroceder.

Pero los blancos continuaban implacables su marcha hacia el Oeste, y para llegar al Mar Pacífico, trazaron un ferrocarril á través de la reserva. Pudo haberse dado un rodeo, pero eso hubiera sido perder tiempo, y después de todo, ¿qué consideración había de guardárseles á unos cuantos indios? Después de tener ferrocarril necesitaba fundar una ciudad, y para ello eligieron el sitio mejor de la reserva.

Nació el pueblo de Pocatello y creció, y desde él partió un ramal de ferrocarril, cruzando la reserva en otra dirección. De todas partes acudieron luego pobladores, que principiaron á establecerse en la reserva, y los soldados, que tanto cuidado habían tenido de que no entraran los blancos.



Salida de los corredores de Pocatello



Llegada del tren á Blackfoot

El tesoro público debía pagar 600.000 duros, de los que 75.000 se invertirían en una escuela, que ninguna falta les hacía á los indios, y el resto se repartiría en partes iguales entre todos los hombres, mujeres y niños de la reserva, 100.000 en el acto y los demás á plazos, durante nueve años.

El americano es por naturaleza hombre de negocios; su gobierno había comprado 418.000

acres de terreno por aquella cantidad, resultando que cada uno le había costado un duro y 45 centavos; pues bien, púsolos á la venta en las siguientes condiciones: á 10 duros el acre situado á menos de 5 millas de Pocatello, á 2'50 los demás laborables y de riego, y los restantes á 1'25. En resumen, pagó 600.000 duros, de los que sólo entregó á los indios 525.000, el resto quedó para la escuela que había de crearse, y la venta de los terrenos á los precios fijados importaba 1.172.000 duros; quedaba, pues, una ganancia líquida de 572.000.

Cuatro años se pasaron en preparativos y formalidades burocráticas; pero llegó al fin el gran día en que habían de tomar posesión de las parcelas, el 18 de junio de 1902, los que las habían adquirido.

En Pocatello hacía aquel día mucho calor, y el aire se hallaba impregnado de polvo fino que el viento trae del desierto.

Toda la semana anterior habían estado los trenes trayendo pasajeros; la ciudad estaba llena y muchos forasteros acampaban en las cercanías.

De todas partes habían acudido gentes atraídas por el juego que se preparaba; recorrían las calles de Pocatello, llevando en las manos diversos objetos, conferenciando en voz baja, conjeturando, haciendo proyectos, preparándose. Llegaron otros corriendo, á caballo, desmontaron, volvieron á montar y de nuevo salieron corriendo. Algunos venían de las montañas del Trueno, en Idaho, contentos, á pesar de no haber encontrado allí las minas de oro que buscaban, é impacientes por ver si ahora la fortuna les era más propicia. Otros eran veteranos que habían tomado parte en todas las carreras que se habían celebrado en Oklahoma y que daban consejos á los novatos. El humo salía de las chimeneas de la oficina de ensayos, y en ella había jóvenes rojos y sudando á fuerza de trabajar, ensayando algunos pedruscos que lograran traer de las montañas, á pesar de estar prohibido penetrar en la reserva, y esperaban con ansiedad el resultado de los experimentos hechos en retortas y crisoles.

El ruido, la confusión y el movimiento eran extraordinarios, y á pesar de ello los indios recorrían la ciudad impasibles, dignos, con lentitud, sin comprender nada de lo que pasaba y sin ser comprendidos.

Las reglas del juego eran perfectamente conocidas, sencillas como el volver de una carta. Hasta las doce del día en punto no se podía entrar en la reserva. Cada cual podía situarse donde quisiera en la ciudad de Pocatello ó en sus inmediaciones, y en el momento en que sonaron las doce, echaban todos á correr, cada cual en dirección á la parcela que deseaba, fijaban en ella el anuncio de haber tomado posesión y en seguida regresaban corriendo para marchar á caballo, en bicicleta ó por el ferrocarril á la oficina de terrenos de los Estados Unidos



La plaza de Pocatello el día antes de las carreras

situada en Blackfoot. El que primero llegaba á la oficina y hacía su petición de una parcela determinada, la obtenía á los precios ya fijados por el gobierno. Si se trataba de una parcela de tierras de primera calidad, muchos eran los que corrían para lograrla y el que más pronto llegaba la obtenía. Pero no siempre sucedía así, porque había muchos que no aguardaron al mediodía para penetrar en la reserva, fijar su toma de posesión y adelantarse á los de buena fe en el camino de Blackfoot. Sólo había para vigilar los límites de la reserva, que abraza 350 millas cuadradas, 35 policías montados. Por esa causa fueron muchas las disputas que surgieron y los revólvers que se dispararon, y muchos los abogados que acudieron para hacer con la lengua las ganancias que los otros lograban con los pies. Allí se hallaban todos congregados, recibiendo los rayos de un sol abrasador y enterrados los pies en la ardiente arena, esperando con impaciencia el silbido, que había de sonar al mediodía en punto. Allí estaban todos los habitantes de la ciudad y todos cuantos vehículos en ella existían. Allí estaban alegres, excitados, contemplando el árido desierto que ante ellos se extendía y que pronto habían de hollar sus pies y los cascos de sus caballos. Algunos habíanse quitado los zapatos y montaban sus caballos en pelo para ir más ligeros; unos iban en carros, otros en bicicletas; los unos hablaban, otros permanecían silenciosos. A cada minuto salían á relucir los relojes; otros miraban al sol, esperando todos, nerviosos é impacientes, la señal de la partida. Al cabo de algunos minutos, que parecieron una eternidad, sonó el pito de la fábrica inmediata, y todos partieron á escape, hundiendo las espuelas en los ijares de sus monturas, en-

corvado hacia adelante el cuerpo, saltando por encima de los matorrales, todos juntos y confundidos, jinetes, carros y bicicletas. Todos al principio marchaban unidos, en una misma dirección, levantando tras sí inmensa nube de polvo, semejando una formidable carga de caballería; luego iban adelantándose al grueso de la columna los más fuertes y ligeros. Algún tiempo después sólo se distinguía, alejándose cada vez más, una tromba de polvo y arena.

Aún quedaba por hacer la segunda etapa, desde las tierras de la reserva hasta las oficinas de Blackfoot. En ella entraba un nuevo factor, el ferrocarril que cruza por aquellos terrenos. A algunos se les ocurrió la idea de emplear el vapor en competencia con los caballos y alquilaron una locomotora, pero fueron tantos los que pensaron eso mismo, que la empresa dispuso preparar un tren especial que partiría de la estación de Maclammon á la una y media, dando así á los corredores hora y media de tiempo para volver de sus parcelas.

Imposible describir la confusión, el ruido, los empujones, gritos y vociferaciones con que aquella multitud frenética se precipitó fuera de los vagones, invadió las calles y tomó por asalto las oficinas donde había de procederse al reparto de las parcelas tan solicitadas.

De ese modo desapareció la reserva india de Foot Hall, los blancos transformaron por completo el aspecto de aquellos terrenos en poco tiempo y los infelices indios han ido á establecerse aún más al Oeste, de donde á su vez, más tarde ó más temprano, serán también arrojados.—R. S.

(Dibujos de E. Blumenschein.)

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

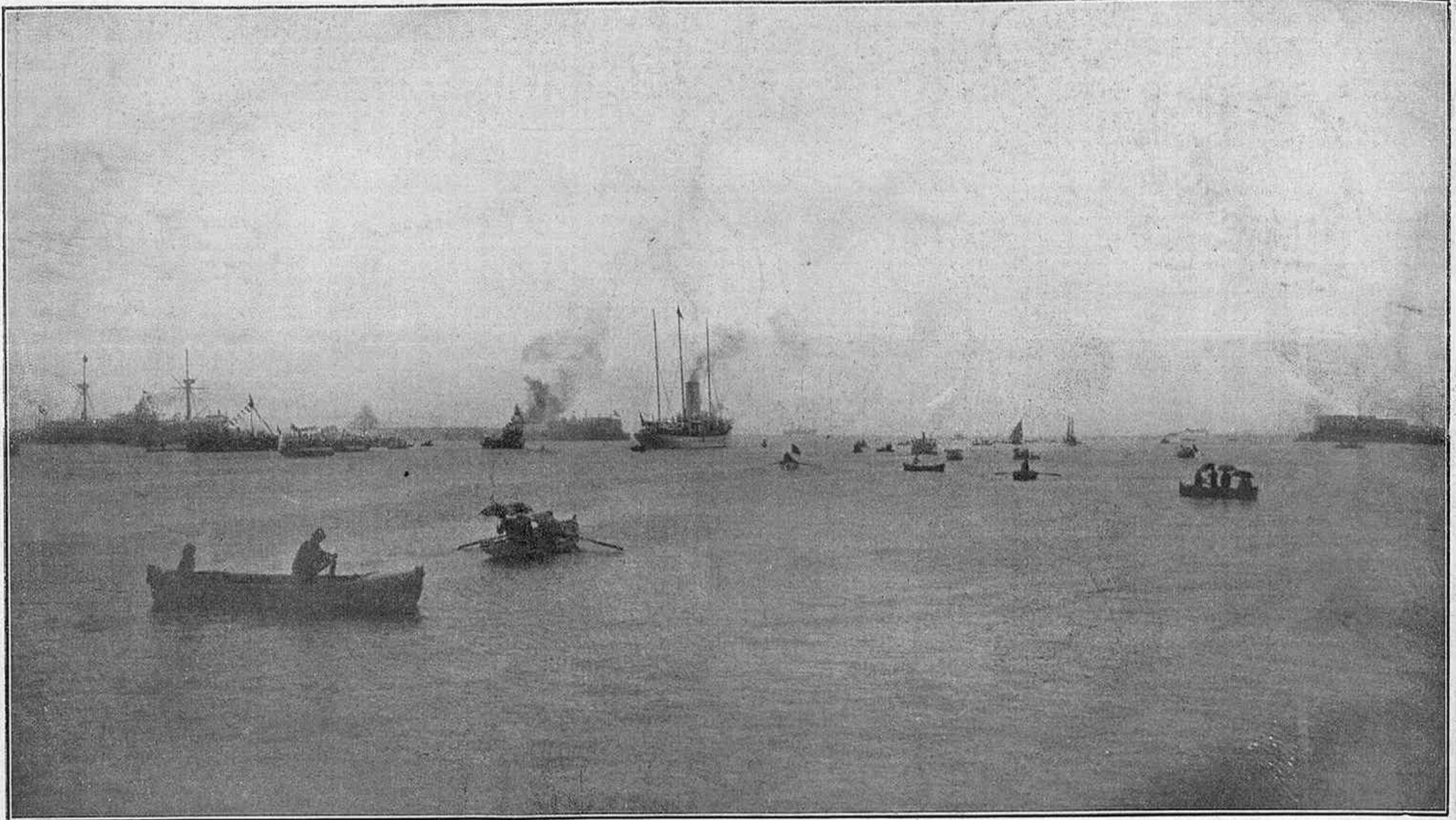
**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
*Exigir la Firma WLINSI.*  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE**  
Curada por el Verdadero. Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

**ENFERMEDADES de la PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpes, Aene, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regulan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
PASTILLAS DE DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. - El yate real *Giralda* saliendo del puerto de Barcelona. (De fotografía del Cosmos Fotográfico.)

**Dentición**  
**JARABE DE LA BARRE**  
 Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub<sup>e</sup> St-Denis, Paris,  
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**VINO AROUD** (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de : Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

**PÍLDORAS MOUSSETTE**  
 Neuralgias,  
 Jaqueca,  
 Ciática.

CLIN y COMAR - PARIS  
 En todas las Farmacias.  
 650

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

**HEMOSTÁTICA**

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Reumáticos y Gotosos!  
 Tratado de curatos con la Legítima

**PISTOIA**  
**PLANCHE**  
 (DOS SIGLOS DE ÉXITO)  
 No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

**CURA LA GOTA**  
 el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

**PLANCHE**  
 en Marsella (Francia).  
 En todas las Farmacias bien surtidas.

Frasco 5 fr. en Paris

**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. B<sup>e</sup> St-Denis, 16

LES PLAQUES ET PAPIERS

**JOUGLA**

SIEMPRE SON INMEJORABLES

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL** DE LOS SEÑORES  
**JORET-HOMOLLE**

CURA  
 LOS DOLORES, REÍARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
 SOBERANO CONTRA  
 CATARRO - ASMA - OPRESIÓN  
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
 Todas Farmacias.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN